¡Pinches ¡ipis!

Jordi Soler

JORDI SOLER

¡PINCHES JIPIS!

UN CASO PARA EL COMANDANTE CONEJERO

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

Índice

Cubierta
Portada
Cita
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
Créditos
Colofón

«¡Pinches jipis! Todo el día en el
peace and love mientras yo estoy aquí
esperando el siguiente cadáver.»

EMILIANO CONEJERO

I

—Por aquí, por favor, comandante Conejero —decía el guardia con una reverencia propia de quien se dirige al héroe que va a salvarlo.

Caminaban por un pasillo monótono donde no había más que puertas y del techo caía una luz desaforada.

Conejero iba molesto. El jefe de la policía lo había sacado de una cena íntima con Julia Gis, lo había llamado por teléfono para pedirle que se acercara a ver en persona aquella atrocidad sin importarle que fuera casi medianoche.

—Siempre he querido conocerlo, es usted una leyenda —soltó el guardia con una sonrisa ambigua.

—La gente dice muchas pendejadas, amigo mío —respondió el comandante Conejero mientras se preguntaba cuántos pasillos más tendría que recorrer siguiendo a aquel muchacho que, cada tantos metros, se volteaba a mirarlo con unos ojillos repelentes, buscando un comentario de su héroe o siquiera una sonrisa de aprobación.

Era un joven ancho, vestido de azul oscuro, que sudaba a mares y a cada paso hacía tintinear el manojo de llaves que le colgaba del cinturón.

—No te tuerzas tanto, que vas a dar un traspié y voy a tener que levantarte del suelo —le dijo el comandante Conejero.

La luz violenta que caía de las lámparas del techo, combinada con el efecto de los whiskys que acababa de beberse en el restaurante, le daban a esa caminata por las tripas del edificio un aura de irrealidad; las líneas perdían definición y los contornos se volvían acuosos, como los de esos cuerpos que tiemblan a lo lejos a la hora de la canícula.

—Ya vamos llegando —dijo el guardia, y la información produjo cierto alivio en el comandante, que hacía esa tortuosa caminata pensando con desesperación en Julia Gis, que debía estar cenando sola frente a la silla que él había dejado vacía.

Era una cena que con mucho esfuerzo había logrado acomodar en su desastrosa agenda, siempre llena de casos por resolver. Una agenda caótica e inconexa que, sin embargo, funcionaba como un reloj suizo y que desde hacía una semana se había complicado con el caso del psicópata de la media azul de nailon.

—Aquí es —dijo el guardia señalando una cabina de radio y haciéndose a un lado para que el comandante entrara y viese por sí mismo lo que había, porque él ya no tenía estómago para contemplar una vez más aquella escena sobrecogedora.

Conejero miró al guardia con tedio. ¿Cómo podía proteger a alguien un individuo tan cobarde? Desde cierta óptica, pensando en su flagrante inutilidad, ese idiota reunía suficientes cualidades para ser cómplice del crimen.

—¿No hay cámaras de seguridad en el edificio? —preguntó, extrañado, el comandante.

—Hay una en la entrada, pero el asesino la desactivó echándole un trapo encima.

La cabina estaba oscura, apenas iluminada por la luz tenue que salía de la mesa de controles y por una lámpara mínima que había junto al micrófono y que arrojaba su pequeño haz sobre una libreta de hojas amarillas. Conejero entornó los ojos en la penumbra y al cabo de unos segundos distinguió el cuerpo de un hombre despatarrado en el suelo al lado de una silla. Una sola mirada le bastó para comprender la magnitud del crimen. Era un homicidio de autor, del mismo individuo que, una semana antes, había estrangulado a una mujer, con una media de nailon azul, y que había causado un gran revuelo mediático.

—¿Qué le parece? —preguntó el guardia con voz trémula, parapetado detrás de la puerta y asomando apenas la cabeza.

—Divino —respondió Conejero con sarcasmo mientras trataba de bosquejar un primer balance del asesinato, una hipótesis veloz, una cábala basada en la corazonada que al final, cuando se encontrara cerca de la solución y todo estuviera empantanado entre datos, confesiones y pruebas, le serviría para refrescar su propia óptica del caso.

Se acercó al cadáver. Las ráfagas de luz que salían de los faros de los automóviles que circulaban por la avenida se metían por el enorme ventanal, y algunas relumbraban en las cuencas vacías del muerto. Un detalle que ya esperaba porque ese asesino tenía la costumbre de sacar los ojos a sus víctimas con una cucharilla de café, que luego dejaba ahí, como la primera cifra de la ecuación que el comandante tendría que despejar.

—Es el locutor del noticiario nocturno —informó el guardia, todavía agazapado, con la frente empapada de un sudor nervioso que la intensa luz del pasillo volvía resplandeciente.

—Ya lo sé —dijo Conejero, y después preguntó—: ¿Había alguien más?

El guardia dijo que no, que sus ayudantes se habían ido al terminar el noticiario y que él se había quedado en la cabina.

El comandante estudiaba la escena en la oscuridad, no quería alterar los elementos; ya habría tiempo para iluminar el cadáver, pero antes quería vibrar unos minutos con él, establecer un canal de empatía para ver si por ahí se colaba alguna revelación.

Visto desde fuera de la cabina, Conejero reproducía la estampa clásica del detective; con su sombrero y su gabardina, parecía un personaje neoyorquino de los años cuarenta, pero estaba en la Ciudad de México, ya bien entrado el siglo XXI.

«Un policía a la antigua», pensó el guardia, y de inmediato, como si alguien lo estuviera oyendo, se dijo: «Pero una leyenda, desde luego».

Después de guardar la cucharilla de café en el sobre de una factura de la luz que llevaba en el bolsillo de la camisa, Emiliano Conejero se palpó la gabardina y echó mano de su nalguera de whisky: un botellín plano que llevaba a todas partes con la idea de ordenar, con un par de tragos largos, el tumultuoso flujo de sus pensamientos. Luego regresó la nalguera al bolsillo, cogió la lamparita que estaba junto al micrófono y se agachó para examinar con ésta el cadáver.

Apuntó la luz a la cara de la víctima para ver con precisión los detalles, las cuencas recientemente escarbadas, para confirmar lo que ya sospechaba, lo que ya había visto hacía unos días en aquella mujer estrangulada. El locutor yacía despatarrado con una media azul de nailon en torno al cuello y en la boca un amasijo que no había alcanzado a tragarse, porque se lo habían metido ahí cuando ya estaba muerto. Metió los dedos y, tras un breve forcejeo, le sacó de la boca, igual que había hecho con aquella mujer, los dos globos oculares.

—El mismo artista —dijo con los ojos del cadáver en la palma de la mano.

»Y tú ni viste ni oiste nada, ¿no? —preguntó Conejero al guardia, que en ese momento miraba con repulsión cómo el comandante dejaba los ojos del muerto sobre la libreta de hojas amarillas que había encima del escritorio y después subía un pie a la silla para limpiarse con el calcetín la porquería que le habían dejado los ojos en la mano.

—Nada, mi comandante —respondió el guardia sobreponiéndose al asco y adentrándose temerosamente en la cabina con un papel que sostenía con cuidado con dos dedos como si llevara un langostino cogido por los bigotes.

—¿Qué traes? —preguntó Conejero, mosqueado.

—Estaba tirado en el suelo —dijo el guardia sacudiendo ligeramente la hoja de papel.

El comandante acercó el papel a la lámpara, que seguía al lado del cadáver. «Mañana habrá otro», decía en letras grandes cuidadosamente trazadas con un bolígrafo vulgar de tinta azul.

—Esto sí que es una novedad —murmuró.

Y se quedó ahí con la hoja en la mano, agachado junto al fiambre, mirándole las órbitas despobladas que, en ese momento, le parecieron la metáfora del caso: había dos agujeros oscuros ahí por donde antes entraba la luz.

Durante los últimos días ese locutor, alentado por Tito Brito, que era su jefe y la estrella de la radiodifusora, había dedicado su noticiario al psicópata de la media azul; Conejero lo sabía porque llevaba el caso y su equipo monitoreaba los medios que se ocupaban del misterioso asesino, en especial la estación de Brito. ¿Por qué matarlo a él? ¿No era la celebridad mediática el objetivo de todo asesino de altos vuelos que quiere difundir su obra?

II

Una voz estentórea lo expulsó abruptamente de sus reflexiones y lo puso de pie con un ¡crac! derodillas que lo obligó a volverse a agachar para reiniciar el movimiento.

—¡Mi comandante! —gritó la Vacota, un grueso subalterno de mirada boba que venía acompañado del médico forense.

El guardia brincó al oír la espesa voz del policía. Conejero, que aún se masajeaba la rodilla derecha junto al cadáver, preguntó:

—¿Cómo entraron al edificio?

—Está la puerta abierta —respondió la Vacota y, apartando al guardia, que al verlo se había quedado paralizado, se metió a la cabina seguido por el forense.

—La media de nailon azul —señaló el médico mientras sacaba unos guantes de su maletín.

Aquello ya era tarea de su equipo y él tenía prisa por regresar al restaurante donde Julia Gis cenaba sola.

—Vacota, te quiero mañana a las diez en mi oficina. Y no olvides los ojos, están encima del escritorio —dijo el comandante.

Caminó deprisa rumbo a su coche; la paciencia de Julia Gis tenía límites perfectamente definidos y no quería perderse esa noche con ella.

Se quitó el sombrero y, mientras buscaba la nalguera de whisky en los bolsillos de la gabardina, arrancó el automóvil, un vetusto Galaxy de ventanillas oscuras que al primer acelerón escupió por el escape un humo negro y espeso. Antes de avanzar consultó al oráculo que lo orientaba siempre en sus investigaciones y en su vida en general: con cierto nerviosismo movió los dedos de la mano derecha como si fuera un pianista a punto de atacar el teclado e, inmediatamente después, metió la mano en la guantera, donde había un centenar de cassettes. Sacó uno al azar con los ojos cerrados y lo puso en el aparato.

—¡Jethro Tull! ¡Chingón! —exclamó sonriendo.

Luego dio dos tragos de whisky, subió el volumen de su decrépito reproductor y enfiló hacia el restaurante donde lo esperaba Julia Gis.

Durante el trayecto fue trenzando los cabos del caso que iban saliendo al compás del cassette de Jethro Tull. Las ráfagas de luz que

entraban periódicamente por las ventanillas se estrellaban contra su rocoso perfil y en el acto salían huyendo despavoridas de regreso a la calle. El comandante Conejero ponía una cara siniestra cuando le daba por cavilar: clavaba la vista en un punto fijo y se le congelaban las facciones; cualquiera que lo viera a bordo de su vetusto Galaxy jamás pensaría que se trataba de un detective reflexionando sobre los horrendos crímenes de un asesino en serie, sino del mismo asesino en serie a punto de perpetrar su siguiente atrocidad.

Algo empezaba a oler a podrido en aquella estación de radio. Tito Brito, la estrella del noticiario, llevaba ya un tiempo vociferando contra el estrangulador. La primera víctima había sido una amiga de su esposa y eso le daba, desde su óptica particular, ciertos derechos sobre la noticia. Durante todos esos días había salido al aire, con la voz congestionada por la emoción, a reclamar a las autoridades, al alcalde, al jefe de la policía, al secretario de Gobernación y al presidente de la República, el esclarecimiento de un crimen que, según decía, «había impactado en el centro mismo» de su intimidad.

La víctima no sólo era amiga de su mujer, también era la mano derecha de ella en una organización vinculada a los legionarios de Cristo que se consagraba a las obras de caridad, a llevar comida a los barrios marginales, ayudar a adolescentes sin recursos a dejar las drogas o hacerse cargo de menores embarazadas para que en lugar de abortar dieran a sus hijos en adopción. El grupo se llamaba Damas de Polanco y su relación con los legionarios se debía precisamente a Tito Brito, que estaba metido hasta el cuello en esa congregación.

«¿Por qué alguien puede matar a una mujer que durante toda su existencia sólo ha hecho el bien a los demás?», preguntaba Tito fuera de sí, un día tras otro, en su programa. El crimen había sido un escándalo; la mujer apareció en los baños de un centro comercial tirada junto a un retrete con la misma firma que acababa de ver el comandante Conejero en la cabina de radio, estrangulada con una media azul, las cuencas de los ojos vaciadas con una cucharilla que el asesino había dejado ahí, y los globos oculares retacados en la cavidad bucal del cadáver.

La responsabilidad de hallar al culpable había recaído en Conejero mediante un requerimiento especial del jefe de la policía, quien le había explicado, durante un convulso monólogo telefónico, que acababan de llamarlo el alcalde y el secretario de Gobernación para exigirle que solucionara cuanto antes el caso. La difunta dama de

Polanco se había convertido en «asunto de Estado» gracias a la expectación mediática creada por Tito Brito, y sus colaboradores, en torno a su figura. Desde aquel día, Conejero y la Vacota escuchaban el famoso noticiario, se sentaban frente al aparato de radio con la mirada perdida en el dial e iban liquidando tazas de café bautizadas con chorritos de Cutty Sark mientras intentaban desentrañar el discurso, cada vez más delirante y furibundo, del locutor.

—¿Y por qué tenías que sacarle los ojos? —gritaba Tito, amenazante—. ¿No te bastaba con asesinarla?

Brito tenía razón, pensaba el comandante, era una crueldad excesiva que el asesino buscara víctimas inocentes en una ciudad donde abundaban los crímenes del hampa organizada y los *happenings* del narcotráfico. Mientras Brito peroraba contra el psicópata de la media azul de nailon, en un puente del Periférico se mecían al viento los cuerpos decapitados de tres jovencitos; una cuerda amarrada al barandal los sujetaba por las axilas. Y a la misma hora, un proyectil lanzado desde la azotea de una vivienda en la colonia Magdalena Atlazolpa derribaba el helicóptero donde viajaba el fiscal encargado de seguirle la pista al narcotráfico. Frente a estos episodios de violencia cruda, los cadáveres que sembraba regularmente el psicópata de la media azul en diversos puntos del Distrito Federal parecían más bien propuestas artísticas.

Brito tenía razón, sin duda, pero había un aspecto de su cruzada mediática que inquietaba al comandante: la enorme audiencia y el desmesurado poder que le había dado la cobertura del caso. El noticiario, que antes del estrangulamiento de la mujer tenía una audiencia más bien modesta, había escalado posiciones y, tres días más tarde, ya era el más escuchado del país.

—No hay mal que por bien no venga, y viceversa —dijo la Vacota una mañana tratando de explicar el éxito meteórico de Tito Brito.

—Pero a este cabrón le está yendo sospechosamente bien —puntualizó Conejero.

Al volante de su vetusto Galaxy, de camino al restaurante donde lo esperaba Julia Gis, dándole ocasionales sorbos a su nalguera de whisky para que el ánimo no se le viniera abajo, pensó con resignación en el escándalo que montaría Tito Brito al día siguiente y en las incontables llamadas, de la prensa y de funcionarios de todas las denominaciones, que habría de atender. Su jefe le había prometido que no darían la noticia hasta la mañana siguiente; ni siquiera Tito Brito, que a esas horas debía de estar en el quinto sueño,

sabía que el psicópata acababa de meterse, ahora sí, en el centro de su intimidad matando a uno de sus colaboradores.

Aunque pasaba de la medianoche, Conejero se topó con un atasco, una larga fila de coches esperaba a que un camión completara la temeraria maniobra de estacionarse en un lugar demasiado estrecho. No tenía caso pegarse al claxon ni sacar la cabeza por la ventana para gritar algo grueso; quedaba claro que los coches sólo avanzarían cuando el camión lo consiguiera o desistiera y se fuese en busca de un sitio más amplio. Con el fondo de la flauta travesera de Ian Anderson, que hacía un solo tan temerario como la maniobra del camión, el comandante pasó revista a su exigua relación con Tito Brito, mientras le pegaba otro par de tragos a su nalguera. Desde hacía mucho tiempo, el locutor quería entrevistarlo para hablar sobre la seguridad ciudadana en una urbe tan monstruosa como el Distrito Federal, un territorio acosado por toda clase de fuerzas oscuras, de las que el comandante conocía un nutrido porcentaje. Nunca había aceptado esas invitaciones; en una ocasión había mandado a un subalterno y en otra dio su opinión por teléfono desde una cantina, con un ruido de fondo que ponía en entredicho el preámbulo del locutor: «Voy a conversar con un hombre cuyo arduo trabajo hace de esta ciudad un lugar más seguro». Inmediatamente después se oyó la voz de Conejero tratando de imponerse al estruendo de una banda que interpretaba una descascarada pieza tropical, al alboroto de gritos, vasos chocantes y carcajadotas que suelen ambientar las cantinas.

Precisamente en esa época, el comandante Conejero pasaba por un periodo de alcoholismo feroz que empezaba a poner en peligro sus galones. Semanas más tarde se refugiaría en una clínica de desintoxicación, o eso era lo que él mismo había argumentado, acorralado por los estropicios que lo llevaron a uno de los puntos más bajos de su carrera: el jefe de la policía en persona disolvió la Dirección de Investigaciones Especiales (DIE), que habían montado a su medida, reubicó a los oficiales que formaban su equipo y lo envió de vacaciones sin sueldo para que se curara esa borrachera que ya empezaba a tener una longevidad inverosímil.

Así que haber estado por primera vez en la misma cabina de radio que usaba Tito Brito, aunque el motivo hubiera sido el estrangulamiento de uno de sus locutores, le había hecho bastante gracia, le había dejado la sensación de que acababa de cerrar un círculo.

Luego de tres o cuatro maniobras imposibles, el camión desistió, echó una gran bocanada de humo negro por la chimenea y se fue a probar suerte a otra manzana. El atasco se deshizo y, un cuarto de hora más tarde, el comandante llegó sin más contratiempos al restaurante donde lo esperaba Julia Gis. Se bajó del coche, se caló el sombrero y le dio las llaves al primero que encontró para que se lo llevara a estacionar.

—Mucho cuidadito con los cassettes que tengo en la guantera —advirtió mirando con severidad al muchacho mientras le ponía en el hombro una mano recia y, sin embargo, sumamente paternal.

—No se preocupe, mi comandante, no tengo dónde tocar cassettes, yo soy de MP3.

III

Conejero respiró hondo antes de entrar al restaurante, quería dejar fuera el cadáver estrangulado con sus cuencas escarbadas. Notó que se le habían pasado un poco los tragos que había ido dando a la nalguera. Pensó que pediría un agua con gas porque, si seguía bebiendo, iba a perder efectividad a la hora de demostrarle a Julia cuánto la deseaba.

Lo primero que vio al entrar fue a su novia sentada frente a un dry martini intacto, absorta en la pantalla de su BlackBerry. En el restaurante reinaba la penumbra y la luz que salía de la pantalla le pintaba de azul las facciones. Se detuvo un momento a admirarla, a pasear la vista por el cuello, los hombros, la superficie de sus brazos, la pierna cruzada y, al final de ésta, el pie que jugueteaba con el zapato y dejaba al descubierto un talón que le cortó el aliento.

—No me observes con tanta lujuria, comandante —dijo Julia Gis mirándolo de reojo mientras terminaba de escribir un mensaje.

—No puedo evitarlo, reina —replicó Conejero quitándose el sombrero y la gabardina, sin permitir que lo ayudara un mesero solícito que se había acercado a toda prisa, y sin reparar en que llevaba el revólver metido en el cinturón, a la altura del ombligo.

—La pistola, comandante; pareces un dorado de Villa —le dijo Julia; luego dejó el teléfono y preguntó—: ¿Otra vez el estrangulador?

—Otra vez, ahora un locutor en la emisora de Tito Brito —respondió Conejero.

Ocultó la pistola debajo de la camisa y, con un arreglo tosco, dejó la gabardina y el sombrero en el respaldo de la silla. Nunca permitía que nadie se hiciera cargo de sus cosas, quería tener todo siempre a mano por si había que salir corriendo.

—¿Alguna venganza por tus pesquisas en Ciudad Juárez?

—No lo sé, reina —dijo Conejero mientras buscaba en el menú algo que pudiera comerse rápido porque Julia ya había cenado y, después de verle el divino talón al final de su larguísima pierna, estar solo con ella empezaba a convertirse en una urgencia—. Lo único que hasta el momento tengo claro es que Brito sale ganando con estos crímenes —sentenció Conejero.

—¡Pero si acaban de matarle a un empleado! —protestó Julia

después de darle un sorbito a su dry martini con una boca que se añadió a la imaginería erótica recién desamarrada por el divino talón.

—Yo creo que ese cabrón es capaz de cualquier cosa con tal de seguir aumentando su audiencia —dijo Conejero.

Inmediatamente después echó por tierra el proyecto de beber agua con gas pidiendo un Cutty Sark con hielo y unas aceitunas. En cuanto se llevó la primera a la boca recordó, con una sensación ambigua que no conseguía decantarse hacia el asco, que esa misma mano había sostenido los ojos del locutor estrangulado y que todo lo que había hecho para deshacerse de la cadaverina adherida a la palma había sido restregársela contra el calcetín.

Veinte minutos más tarde estaban a bordo del Galaxy. El comandante había hecho una escala en el baño para eliminar la cadaverina con un jabón líquido que producía una voluminosa espuma con olor a coco y esencia de vainilla. Una cosa era tocar las aceitunas y otra muy distinta acariciar el cuerpo de Julia Gis con una mano manchada por los ojos de un muerto. Puso en marcha el motor y, procurando rozar las piernas de Julia, alargó la mano para buscar un cassette al azar y calcular, por medio de su oráculo privado, qué le deparaba el destino inmediato.

—Ten Years After —dijo sonriente porque aquello, según su interpretación, significaba una noche intensa, larga y vertiginosa que iría del amarillo al rojo solferino como la guitarra de Alvin Lee.

—¿Y no has pensado en comprarte un iPod? —preguntó Julia Gis al amparo de una sonrisa maliciosa.

—Qué, ¿tengo cara de *hipster*? Ya bastante lata me da el twitter —zanjó el comandante.

Una hora más tarde estaban en la cama de Julia tratando de recuperar el aliento después de un trajín sexual que, como había vaticinado el oráculo, había sido largo y eléctrico.

—¿Y esa sonrisa boba, comandante? —preguntó Julia.

Conejero contemplaba el techo con una mirada idiota, como si se estuvieran proyectando ahí los grandes *hits* de ese episodio eléctrico que acababan de protagonizar. Sin interrumpir esa visión que lo hacía sonreír, rebuscó en la mesilla un Delicado sin filtro y se lo llevó a los labios.

—El médico te lo ha prohibido —le recordó Julia, ya sin mucha energía porque se estaba quedando dormida.

—El médico no tiene ni idea del confín al que acabas de llevarme. Necesito un poco de humo para bajar a tierra —respondió Conejero

expulsando una gran nube blanca que fue a estrellarse cerca de la lámpara.

IV

Al día siguiente, el comandante Conejero salió del edificio con gabardina, sombrero y unas enormes gafas oscuras.

Lo primero que había hecho al despertar, después de olisquear morosamente la almohada de Julia, fue consultar twitter en la pantalla de su teléfono. Quería averiguar qué decía el *timeline* de Tito Brito y comprobó que ya se había enterado de la muerte de su colaborador. En dos sólidos mensajes lamentaba la incompetencia de la policía y prometía un programa flamígero.

Mientras se bebía el café que Julia le había dejado antes de irse a su oficina, vio que tenía un montón de llamadas perdidas, una del jefe de la policía y dos de Tito Brito, que seguramente deseaba echarle en cara el crimen del estrangulador. También había tres llamadas de su exmujer y un mensaje de voz que decía: «Macabeo ha vuelto a largarse y no contesta el teléfono. Haz algo, eres su padre y yo ya no puedo con él».

—¡Pinche Macabeo! —exclamó mientras bautizaba su café con el chorrito de whisky que quedaba en la nalguera.

Últimamente, Zoraida, su exesposa, lo acosaba todo el tiempo para que metiera en cintura al niño, pero el comandante ya tenía bastante con los delincuentes de verdad, y además no tenía ni idea de cómo hacerlo. Se había separado de su madre cuando Macabeo era pequeño y había convivido muy poco con él, en realidad ni lo conocía.

—¡Pinche Zoraida! —dijo en lo que sacaba del refrigerador una salchicha que se fue comiendo rumbo a la calle.

Decidió que por el momento ignoraría el tema de su hijo y que ya haría algo si Zoraida volvía a llamarlo durante el día. Cuando se limpiaba en el calcetín los dedos grasientos de salchicha oyó cómo el portero, que frotaba con un trapo apasionado la bola dorada que remataba el barandal de la escalera, le decía con una voz chillona donde había zalamería y una desagradable sumisión:

—¡Qué gusto verlo por aquí, mi comandante!

Conejero pasó de largo. Llevaba prisa y sabía que el temor que le inspiraba a ese hombre lo eximía de tener con él cualquier clase de atención. Hiciera lo que hiciera, lo tendría siempre a sus pies.

Antes de arrancar el Galaxy buscó en la guantera el pronóstico de su oráculo particular:

—¡Bon Jovi! ¡Puta madre, ya se jodió el día! —gritó Conejero apesadumbrado.

Oyó una canción completa, era la norma que se había impuesto porque pensaba que el oráculo merecía respeto en las buenas y en las malas, y porque muy en el fondo de su racionalismo policial había una fina capa de superstición que él negaba tajantemente cada vez que alguien se lo señalaba.

Después de la canción, que oyó ceñudo y aferrado al volante como si se tratara de una penitencia, puso la emisora de Tito Brito para ver qué decían sobre el asesinato. En los tres cuartos de hora que le tomó llegar a su oficina no oyó más que la selección musical de costumbre salpicada de anuncios comerciales y las cápsulas informativas de una nutrióloga que patrocinaba una cadena de supermercados. En la radio de Brito había un sintomático silencio, un sordo clamor que reventaría en cuanto la estrella saliera al aire despotricando, desplegando su verbo justiciero contra el estrangulador de la media azul y, a tenor de lo recién leído en twitter, contra la policía del DF, que era, según él, incapaz de contener la oleada criminal. Mientras acechaba la emisora sonó su teléfono varias veces, otra vez el jefe, otra vez Brito, otras dos veces Zoraida más dos llamadas de la Vacota. Pero el comandante ya había decidido que no respondería ahí, sino en su escritorio, cómodamente sentado y con un café bautizado con un buen chorro de Cutty Sark humeándole en la mano.

Lo primero que vio al entrar a su oficina, con la frente arrugada por las malas vibraciones que le había dejado Bon Jovi, fue a la Vacota, que lo esperaba, ancho, vasto y ansioso, para contarle lo ocurrido la noche anterior y hacerle un recuento de las llamadas que esa mañana proliferaban con un entusiasmo especial.

—Buenos días, comandante —dijo poniéndose de pie; y, antes de que Conejero pudiera decirle nada, añadió—: Con todo respeto, mi comandante, parece usted Sofía Loren con esas gafas oscuras.

—Mira Vacota, hasta que me beba la mitad del café que voy a servirme ahora, tienes prohibido hablarme —notificó Conejero, consciente de que esa media taza sería el único remanso de paz que tendría durante el día.

Antes de derrumbarse en su silla con la taza en la mano y un gesto severo que puso a raya a la Vacota, se quitó las gafas, el sombrero, la

gabardina y la pistola, que llevaba incrustada entre la panza y el pantalón. Bebido todo el café, se dirigió por fin a su subalterno:

—Ahora sí, cabrón: dispara.

La Vacota comenzó a leer el informe que acababa de escribir:

—La víctima era un hombre de 28 años, soltero, que res...

—No me aturdas con esas pendejadas, Vacota, vamos directamente al cogollo —lo interrumpió Conejero mirándolo de soslayo mientras rellenaba media taza con Cutty Sark, ya sin el paliativo del café—. ¿Alguna huella? —preguntó.

Después dio un trago que lo hizo temblar ligeramente y le puso a brillar los ojos con un chispazo asesino.

—¿Va usted a empezar a beber desde estas horas, mi comandante? —preguntó la Vacota con un gesto de preocupación que le hizo todavía más ancha la cara.

—Ya sabes que sin un par de tragos no me trabaja la piedra y ahora lo que se impone es pensar, ¿no? —respondió el comandante.

—Ni una sola huella digital ni en la cabina, ni en la media de nailon, ni en la cucharilla —dijo la Vacota.

—¿Y huellas de zapato o de otra índole? —preguntó el comandante sirviéndose otra dosis de whisky antes de regresar la botella al cajón donde guardaba los archivos de los casos en los que estaba trabajando.

—Nada de huellas —respondió la Vacota, e inmediatamente después, mientras el comandante liquidaba el trago que acababa de servirse, añadió—: No sería mala idea rescatar al Espectro para que nos eche una mano.

—El Espectro no quiere verme ni en pintura; por mi culpa volvió a su antiguo puesto en un supermercado —dijo Conejero con pesadumbre.

Haciendo gala de una imprudencia de la que inmediatamente se arrepentiría, la Vacota agregó:

—Y también por el lío con su esposa, ¿no?

—Con su esposa no hubo nada, ya te lo he dicho varias veces, Vacota.

El tema abrió una puerta por donde empezó a colarse el frío, y Conejero, para no caer en uno de esos abismos taciturnos que a veces lo dejaban fuera de combate, sacó la botella que acababa de guardar y se sirvió un cuarto de taza con la idea de parar en seco el nubarrón que se avecinaba. La Vacota entendió que acababa de cagarla y pensó que era un pésimo momento para que el comandante se pusiera

melancólico, pero también sabía que lo mejor en esos casos era no hacer nada y esperar a que el nubarrón se disipara; así que optó por dar una vuelta para decirles vulgaridades a las secretarias, tocarles el culo a los tinterillos y plumillas que redactaban informes o actas y de paso a contar un chiste, un chisme o una aventura a los colegas que esperaban ahí, medio echados en una silla, fumando y con los pies subidos en un ruinoso escritorio, a que algún jefe los mandara a una misión trascendental.

La memoria de Conejero recaló fugazmente en el día en que lo habían echado de ahí, con la opción de que podría regresar si se sometía a un tratamiento en una clínica de desintoxicación alcohólica. Cumplió a su manera con una especie de retiro en un viejo hotel de Tecolutla, Veracruz, donde, según la Vacota y otros agentes que se acercaron por ahí, la desintoxicación era mucho menos palpable que la politoxicomanía. En aquel retiro, el comandante campeaba entre la fiesta loca y el *delirium tremens*. Una noche, cuando desgranaba con tres expolicías el cancionero integral de José José junto a una fogata de llamaradas diabólicas, apareció su hijo, Macabeo, caminando por la playa, con el mar a la espalda y la insolencia de un neptuno que hubiese emergido de las aguas para inspeccionar sus parcelas, sus negocios y los corrillos que formaban sus fieles acólitos. «¿Qué haces aquí, hijo mío?», le preguntó Conejero súbitamente cohibido por la vergüenza de que su hijo lo viera hasta las trancas. Aunque, en realidad, se veían muy poco y a él, como padre, no le importaba mucho el porvenir de un vástago que, por otra parte, era idéntico a Zoraida; ese lamentable factor, esa «ofensa genética», era la coartada perfecta para desentenderse de él alegremente. Pero aquella noche Macabeo apareció como un neptuno y el comandante estaba reblandecido por las canciones que acababa de interpretar *a cappella* con los rancios expolicías que lo acompañaban y por las ingentes cantidades de ron veracruzano que había bebido. «Vengo a visitarte, papá», dijo Macabeo con las olas del Golfo como música de fondo y alumbrado dramáticamente por el anaranjado incandescente de las llamas. «Pues instálate, sírvete un ron y deja que nos metamorfoseemos en una tribu para ti», le respondió Conejero. «Pero si tengo diez años y lo que quiero es leche», le dijo Macabeo.

Esa frase torturaba desde entonces al comandante; hacía que se sintiera terriblemente culpable porque sospechaba que en aquel preciso momento se habían torcido la vida de Macabeo y su

lastimoso historial de padre.

Para no perderse por los insondables rincones de su desintoxicación en Tecolutla, como ya le había pasado más de una vez, bebió de un trago lo que quedaba en la taza y vio con toda claridad que su deber era tranquilizar a la pinche Zoraida y mandar a uno de sus bravos en busca de Macabeo, que ya había cumplido dieciséis años y pasaba por una edad peligrosa.

—¡Vacota! —gritó con la cabeza fuera de la oficina.

El grito hizo brincar a Bertita, su secretaria, una señora mayor y poco agraciada que el comandante había elegido para mantener la disciplina escarmentado por las perniciosas oleadas de lujuria que había despertado Giovanna, la secretaria anterior, que era joven y candente y estaba como un tren.

—Ordene usted, mi comandante —dijo acezante y sudoroso la Vacota.

—Dile al Tapir que busque a Macabeo y me lo traiga aquí. Que hable con mi exmujer para que lo oriente, y después vienes a sentarte porque vamos a empezar a trabajar.

V

Conejero encendió un cigarro y marcó el teléfono del director de la policía. En cinco minutos le hizo un sumario ejecutivo del crimen perpetrado la noche anterior, enumeró las acciones que sus hombres estaban emprendiendo y prometió que antes del anochecer tendría alguna revelación contundente. Después le dijo que estaba pensando reclutar al Espectro, que tenía mucho olfato para los asesinos de ese tipo y necesitaba una orden superior para sacarlo rápidamente del supermercado que vigilaba y llevárselo a la Dirección de Investigaciones Especiales.

—¿El Espectro? ¿No es ese que te acusaba de meterte con su mujer? —preguntó el director.

—El mismo, pero aquello es agua pasada y además no era verdad —respondió el comandante.

El director le dijo que daría la orden, pero que no estaría de más que se acercara para ver si al Espectro le parecía bien el traslado.

Dos policías seguían permanentemente y con mucha discreción a Tito Brito. Conejero pensaba que el locutor reunía méritos suficientes para ser culpable y que si lo seguían a sol y a sombra acabaría dando un mal paso, cometería un error que lo delataría. Pero los días pasaban y sus hombres no descubrían nada significativo. Ya comenzaban a aburrirse de seguirlo por toda la ciudad, de verlo comer con deportistas o políticos, de esperar fuera del gimnasio donde hacía ejercicio en la mañana y en la noche. «¿Y a qué hora cogerá este hombre con su mujer?», había preguntado la Vacota la tarde anterior. «No cogen, las damas piadosas cogen, pero nunca con sus maridos; ésa es una ley de vida, Vacota», le respondió Conejero, que, por si acaso, también había puesto un policía detrás de la esposa. Que la primera víctima hubiera sido una de sus mejores amigas, y además su socia, era motivo suficiente para que Conejero la considerara sospechosa; recelaba de su asociación filantrópica y de su vínculo con los legionarios de Cristo. «Estas mujeres tan transparentes siempre tienen un fondo turbio», le decía a la Vacota en sus momentos de intensa reflexión, en esas tormentas de ideas que con frecuencia desembocaban en un hilo del cual tirar para

resolver el caso. Unas tormentas llenas de humo y tragos, adornadas con ristras de obscenidades sobre personas presentes y ausentes que poco a poco se iban alineando en una constelación lúcida, en el preámbulo de la solución del crimen.

Uno de esos hilos acababa de aparecer. La tarde anterior, Conejero había enviado a un elemento a investigar el rastro de las medias azules de nailon y, según el informe que acababa de dejarle Bertita en el escritorio mientras explicaba por teléfono al director los avances del caso, esas medias, cuya trama y composición habían sido analizadas en el laboratorio, sólo se vendían en una tienda del DF: estaban hechas en Manila y eran importadas directamente por el vendedor, que se dedicaba a los artículos para novias. Conejero leyó el informe ante la mirada atenta de Bertita, que estaba exageradamente recostada sobre el marco de la puerta porque temía que le fallaran las rodillas o los corvejones o la bisagra entre la tibia y el peroné, que ya tenía muy tocada por un amago de osteoporosis muy propio de su edad.

—Aquí hay novia encerrada —dijo Conejero mirando las carnes flácidas de Bertita, que se despeñaban desde las mejillas en un grueso holán colgante y en cuyos pliegues, según el teniente Colín, que era un cabrón, podía esconderse una pistolita del calibre 22.

—Dios quiera que atrape usted pronto a ese criminal —dijo Bertita mirándolo con un fuego metafísico en los ojos.

—Sí, Bertita, y ahora vaya a trabajar, hágame el favor —le dijo Conejero pensando que quizá había exagerado con aquello de «mantener la disciplina», porque aquella mujer, desde luego, no calentaba a nadie, pero producía un frío que lo dejaba a uno desolado.

—El Tapir está buscando a su hijo —anunció la Vacota antes de derrumbarse en una silla.

—Tenemos que actuar rápido. El jefe está impaciente y, además, el psicópata prometió que hoy iba a enviarnos otro fiambre —dijo el comandante poniéndose de pie y, mientras sacaba la pistola del cajón y se la prensaba contra la barriga entre el cinturón y los calzoncillos, preguntó—: ¿Cuánto falta para el programa de Brito?

—Un poco más de dos horas —respondió la Vacota mirando su reloj.

—Tú ve a visitar la tienda de medias de nailon y yo voy por el Espectro. Nos vemos aquí en un par de horas.

Subiendo a su coche, Conejero sintió la tentación de probar

suerte con el oráculo. El vaticinio de Bon Jovi le parecía una pésima entrada para su reencuentro con el Espectro, pero temía que el sortilegio perdiera eficacia si se abusaba de él. Puso en marcha el coche, encendió un cigarro y, sin darle más vueltas, metió la mano en la guantera, muy al fondo, y, entre las decenas de posibilidades que llevaba ahí, sacó un cassette: los grandes hits de America.

—¡Puta madre! Agrupación de rabiosa actualidad —dijo un poco decepcionado.

Pero cuando trataba de hacerse un hueco en el atasco que paralizaba la avenida, pensó que para lidiar con el Espectro hacía falta, justamente, una buena tajada de paciencia de viejo jipi, y eso era precisamente America, un llamado a la mansedumbre, a la guitarrita pacifista, a la sonrisa marihuánica y empática. «¡Pinches jipis! —pensó Conejero—. Todo el día en el *peace and love* mientras yo estoy aquí esperando el siguiente cadáver.»

Entró al supermercado tarareando el estribillo de «Caballo sin nombre» y preguntó por el sargento Adalberto Godínez a una señorita, que atendía promociones, reclamaciones y devoluciones.

—En la columna del pasillo de comida para gatos —respondió la señorita con una media sonrisa que mosqueó al comandante.

—¿De qué se ríe? —preguntó.

—Es que con esas gafas oscuras se parece usted a Lady Gaga.

Conejero dio media vuelta y sin decir palabra se dirigió al pasillo que le había indicado. Aquello era sin duda la onda expansiva del efecto Bon Jovi, pero concluyó que quitarse las gafas sería un síntoma inequívoco de debilidad y, además, no era sensato preocuparse por esas frivolidades cuando se aproximaba el reencuentro con el Espectro, que sería ríspido y a lo mejor violento. Incluso cabía la posibilidad de que su viejo colaborador lo mandara a la mierda.

El Espectro aterrizó en aquel pasillo tras la crisis alcohólica del comandante, que había acabado con el Departamento de Investigaciones Especiales. Más bien se trataba de un regreso, porque de ese mismo lugar lo había sacado Conejero para llevárselo a trabajar con él. En cierta ocasión, durante la indagación de un caso que involucraba al supermercado, tuvo que hablar con el personal de seguridad y quedó impresionado por el talento policiaco de aquel muchacho largo y flaco a quien sus colegas, quizá por su extremada blancura y su asombrosa delgadez, llamaban *el Espectro*. Aquella constitución física tan singular había terminado definiendo su oficio, que no era originalmente de policía, sino de filósofo.

El Espectro era un licenciado en filosofía de la UNAM, que, exhausto tras buscar sin éxito una plaza de maestro en todas las preparatorias de la ciudad, aceptó el empleo que le había hallado una novia de su padre, esposa de un director de área en la policía del DF.

El padre del Espectro, también filósofo, era un viejo jipi que vivía modestamente de una beca vitalicia que le daba el Consejo Nacional de Ciencia y estaba entregado al pensamiento idealista o materialista, terrenal o cósmico, universal o atómico, actividad que ejercía de sol a sol mientras bebía cantidades navegables de tequila y fumaba enormes pipas de marihuana. El Espectro, desesperado por la falta de trabajo que afligía a un joven filósofo como él, aceptó el empleo que le ofreció el marido de aquella señora en una división especializada y casi secreta que se conoce como «policía de columna» y que está formada por hombres delgados y estoicos amigos de la lucubración meditativa; es decir, por individuos de corte decididamente filosófico. El trabajo consistía en meterse dentro de una de esas columnas forradas de espejos que hay en ciertos pasillos estratégicos de los supermercados para vigilar a la clientela sin que ésta se dé cuenta, sin que ninguna persona sospeche que, al otro lado del espejo donde acaba de atusarse el bigote o retocarse los labios con carmín, hay un agente que la espía. Un empleo desde luego excéntrico en el milenio de las cámaras de vigilancia, pero con una gran tradición dentro del cuerpo policiaco.

El Espectro sufrió un periodo inicial de depresión: le parecía grotesco haber estudiado cinco años de filosofía para pasar sus días encerrado en una columna espiando a los clientes de un supermercado. «Anímate —le decía su padre con una socarronería atómica que, a las horas en que regresaba el Espectro a casa, ya estaba desatada por el tequila y las pipas de marihuana que había ido liquidando a lo largo del día—, cuando tengas experiencia suficiente te ascenderán a vigilante de la playa», y soltaba una carcajada que provocaba gran regocijo en su amante, una mujer exquisita aburrida de su existencia como primera dama policial que disfrutaba enormemente con las excentricidades del filósofo: le encantaban el tequila, la marihuana y las porquerías que le hacía su amante por todo el cuerpo; no le importaba nada llegar a su casa medio borracha con manchas de esperma seco en la espalda y en las corvas, en las mejillas o en las cuencas de los ojos, y con el traje sastre lleno de pelos de Misifús, el gato del filósofo, que se plantaba ahí desde la mañana para beneficiarse de las vaharadas que iba soltando la pipa.

«Eso te pasa por ser filósofo mexicano y no alemán», le decía su padre a Adalberto. Y también le decía: «Si en vez de estudiar en la UNAM lo hubieras hecho en la Universidad de Göttenbirghen no habrías acabado así». Y también le decía: «El trabajo policiaco es como el nuestro: el pensamiento es un gran cadáver que ha de exhumar el filósofo». Todas estas cosas le decía y otras más gruesas, más desalmadas, más humillantes y destructivas.

Harto de las escenas de su padre, del júbilo paroxístico de su amante y de los omnipresentes pelos de Misifús, el Espectro se casó con una compañera que se ocupaba de reponer productos en las estanterías del supermercado y frecuentaba la zona de comida para gatos que él vigilaba durante su jornada laboral. De tanto verla colocando sacos y latas, estirándose y agachándose a dos palmos de sus ojos, terminó abordándola para contarle que llevaba semanas admirando clandestinamente su belleza desde aquel claustrofóbico puesto de trabajo. Al cabo de muy poco tiempo ya estaban viviendo juntos en la casa de ella, lejos del filósofo y su pernicioso mundillo paterno. Pero el Espectro dependía, en buena medida, de ese mundillo. Dos o tres veces por semana visitaba a su padre, a las horas en que, según sus cálculos, la novia se habría ido a hacerle la cena al marido, para consultarle algunos temas, pedirle un consejo o llevarse un alimenticio rapapolvo. Cuando empezó a trabajar en la DIE con el comandante Conejero siguió visitándolo para formar un *think tank* filosófico que lo ayudara a resolver los casos que le iban cayendo. De hecho, la primera vez que Conejero se fijó en él, el Espectro se había limitado a repetir, palabra por palabra, lo que le había dicho su padre la noche anterior.

Su llegada a la DIE fue providencial: la solidez de sus conceptos filosóficos aplicada al razonamiento criminal dieron al caos imperante en la oficina una provechosa estructura que permitió duplicar el número de casos resueltos. Conejero y el Espectro se convirtieron en las superestrellas de la policía metropolitana hasta el día en que al comandante comenzaron a pasársele las cucharadas y los mandaron a todos a la calle o los reubicaron en sus antiguos puestos.

Durante esos casi tres años de trabajo al alimón, Conejero y el Espectro desarrollaron una cercanía que, poco a poco, fue colonizando parcelas tan privadas como el matrimonio del Espectro con Eufrasia, aquella muchacha que seguía trabajando en el supermercado y sentía un cosquilleo cuando Conejero aparecía en su

casa para tratar algún punto específico con el Espectro mientras liquidaban una botella de vodka acompañada por esporádicos cucharazos de cocaína. En aquella zona gris de su vida policiaca, el Espectro había identificado ciertos gestos y guiños que le indicaban, según su propia percepción, que Conejero tenía algo con Eufrasia. El comandante juró que no a la hora de las reclamaciones. Luego vino la debacle alcohólica y todo quedó patas arriba con el capítulo amoroso sin resolver.

Así estaban las cosas cuando Conejero se acercó a la columna donde trabajaba el Espectro y, sabiendo que su excolega lo había visto recorrer todo el pasillo, tocó dos veces en el espejo mirándose muy de cerca y preguntándose si sería verdad que con aquellas gafas oscuras se parecía a Lady Gaga. Como no hubo respuesta volvió a golpear con los nudillos:

—Espectro, quiero hablar contigo.

—¿Qué haces aquí, cabrón? —se oyó del otro lado.

—Quiero fumar la pipa de la paz y llevarte de regreso a la DIE —dijo Conejero pensando que tenía que ser muy claro, muy directo y también muy insistente porque urgía la presencia del filósofo en la oficina.

—Espérame ahí —gritó el Espectro.

El comandante se quedó ahí, inmóvil, sin saber cómo interpretar aquel insulto. Pero al verlo venir, pálido y largo con su entrañable vaivén entre las latas y los sacos de Whiskas, sintió que el afecto mutuo era mucho mayor que sus diferencias y que, con un poco de mano izquierda, lograría llevárselo a la oficina. Antes de que el Espectro pudiera decirle nada, le dio un sentido abrazo y le habló del interés que tenía el jefe, y por supuesto él mismo, en que se integrara nuevamente a su equipo. Luego le explicó lo mucho que lamentaba haber destruido su carrera con un comportamiento tan errático. Por último, lamentó profundamente el malentendido con Eufrasia y reiteró, jurando por la memoria de su madre y por su hijo, Macabeo, que nunca había tenido tratos con su mujer más allá de alguna sonrisita o alguna cerradita de ojo que había efectuado en un imprudente estado de ebriedad.

El Espectro no se hizo de rogar. Aceptó la oferta y le dijo que lo de Eufrasia estaba olvidado, que hacía ya tiempo que lo había echado de su casa.

VI

Mientras tanto, la Vacota caminaba por las calles del centro. El calor del mediodía empezaba a apretar, el sol caía con fuerza sobre el pavimento y desde ahí se elevaba en una tupida onda ardiente que condensaba los humos que salían de los escapes y de los puestos de fritangas. La Vacota caminaba bañado en sudor. Como era ancho hasta lo inverosímil y demasiado bajo para su contundente espesor, tenía que ir maniobrando para colarse entre los puestos, las mantas llenas de mercancía que tapizaban el suelo y la gente que se arremolinaba tratando de abrirse paso en una u otra dirección. La caminata, a pesar del agobio que significaba sortear tantos obstáculos, sirvió a la Vacota para hacer un somero examen de conciencia y darse cuenta de que la dipsomanía del comandante lo tenía muy preocupado. Últimamente triplicaba los tragos en la oficina y, por lo que él había observado, desde la aparición del psicópata de la media azul no dejaba de beber. Algo le había dicho el día anterior, algo matizado por el miedo a que se cargara de nuevo la oficina en una cúspide festiva, pero Conejero le había contestado que no se preocupara, que tenía todo bajo control, que eso no tenía nada que ver con su crisis anterior porque ahora no había drogas de por medio «y el alcohol sirve para restañar las heridas, ¿no?», le había dicho el comandante con la intención de quitarle hierro a la conversación, de introducir un chistajo que aligerara el ambiente, pero la Vacota no se quedó tranquilo y llevaba veinticuatro horas pensando, con creciente angustia, que su jefe era un irresponsable. Por alguna razón misteriosa, en aquel momento asfixiante, cuando intentaba avanzar de riguroso perfil por la calle atestada, se fijó en una cazuela donde hervían trozos de carne en un magma de aceite burbujeante y en un hombre de gorro blanco y delantal de plástico que, con unos antebrazos severamente musculados, removía aquel magma mientras le decía a una mujer, que podría ser su esposa, su novia o su barragana, o quizá una vecina o nadie en particular, sólo una coartada, un pretexto, una *esparrin* que sirviera para oír su regia declaración: «Esto sólo puede moverlo el rey del chamorro». Y la Vacota, que era un hombre básico, vio la luz, vio un fogonazo balsámico: el comandante Conejero, como el

hombre de los tremebundos antebrazos, era
el rey del chamorro, y la prueba era que, después de hundir su oficina y su prestigio, ya se había vuelto a levantar para convertirse de nuevo en una leyenda.

«Hay que confiar en el jefe», se dijo la Vacota, ya más tranquilo, mientras buscaba la fachada de la tienda que había visto por Internet.

La entrada estaba flanqueada por dos vitrinas con varios maniquíes de novia, chicas delgadas de cara inexpresiva y piel rosada que exhibían modelos de vestidos blancos con velo. Otros mostraban la lencería adecuada para una luna de miel: bragas llenas de holanes y breves sujetadores con bordados churriguerescos. Se detuvo a contemplar los maniquíes durante un tiempo que la dependienta juzgó sintomático y que la empujó a preguntarle si podía ayudarlo en algo. La Vacota se sobresaltó, sintió que esa mujer había adivinado las inenarrables posibilidades, todas inconfesables, que acababa de ver en aquella tropa de plástico. Para cortar de tajo cualquier especulación sacó del bolsillo su placa de policía y pidió hablar con el dueño de la tienda. La mujer, algo desconcertada por la reacción de aquel presunto cliente, lo invitó a pasar y a sentarse en lo que iba por el responsable. El interior de la tienda estaba fresco y, desde el sitio que ocupaba, la Vacota podía contemplar con disimulo la parte trasera de los maniquíes.

Un hombre bajo de bigotito fino y aire de actor de cine mudo salió a su encuentro. Se presentó, se puso a sus órdenes y respondió mansamente a todo lo que se le preguntó. No quería meterse en problemas con la policía y menos con un tipo de semejantes proporciones. Explicó que importaba las medias de nailon directamente de Manila porque contaba con una clientela fija para ese producto; que las compraban señoras de cierta de edad porque la fibra acrílica era mucho más firme que el tejido de cualquier otra media elástica y servía para contener las várices. También le dijo que el color azul disimulaba ciertas imperfecciones de las piernas.

—¿Tiene una lista de sus clientas? —preguntó la Vacota sin mirarlo porque estaba tomando notas en una pequeña libreta y mirando de reojo el trasero de los maniquíes.

—Desgraciadamente no, oficial, sus visitas son bastante irregulares, unas veces viene la señora que las usa y otras envía a la sirvienta o al chofer; incluso se da el caso de unas monjas que envían al jardinero para que les compre dos docenas de diversas tallas.

Parece que el azul va con el color del hábito —dijo el hombre; luego añadió que las medias elásticas azules eran el único artículo de la tienda que no compraban las novias.

—No olvide usted que las monjitas son las novias de Dios nuestro Señor —señaló la Vacota con el bolígrafo teatralmente suspendido en el aire como sí estuviera a punto de retomar el compás de una sinfonía.

—Lo que sí tengo son los videos de la cámara de seguridad, que registran esta parte de la tienda; a lo mejor ahí aparece lo que anda usted buscando —dijo el dueño mientras sacaba de su escritorio una carpeta que le entregó al policía.

A la Vacota no le agradó la posibilidad de que estuviera registrada su cara de tonto frente a los maniquíes del aparador. Abrió la carpeta y vio que contenía decenas de discos correspondientes a los últimos dos meses y ordenados por fechas.

—¿En un CD le cabe todo el día? —preguntó.

—No, dos horas, de cinco a siete, que es cuando viene el setenta por ciento de la clientela.

—¿Y si pasa algo en la mañana?

—No quedaría grabado; sólo pagamos el servicio de dos horas, el negocio de las novias no da para más —contestó el dueño tristemente; después añadió con una sonrisa obsequiosa—: He notado que le llaman la atención los maniquíes…

VII

La Vacota regresó a la oficina cuando Conejero y el Espectro ya estaban sumidos en una reconcentrada tormenta de ideas. Parecía que el Espectro no se había ido nunca de ahí: caminaba de un lado a otro bebiendo sorbos de una tila que le había preparado Bertita.

—¿Qué has descubierto? —gritó Conejero en cuanto vio entrar a su subordinado.

Pero antes de que éste pudiera abrir la boca, se adelantó Bertita para preguntar:

—¿A qué hora quiere que hagamos las llamadas pendientes, comandante?

—Ahorita no me esté chingando con eso, Bertita, y ciérreme la puerta en cuanto salga —respondió Conejero con una mirada fulminante que no admitía réplica.

Tenía en su teléfono veintitantas llamadas perdidas, la mayoría relativas al caso del estrangulador más las de Zoraida, que preguntaba por Macabeo. Pero en ese momento se encontraba en una cima reflexiva con su colaborador y no admitía distracciones.

—Tengo los videos de seguridad que cubren parcialmente el flujo de la clientela —comunicó la Vacota.

El comandante replicó con la inmediatez que adquiría cuando su cabeza alcanzaba la velocidad de crucero:

—Dáselos al Somormujo para que los revise. ¿Qué más tienes? ¿Qué hay de especial en esas medias traídas de Manila? ¿Quién las compra?

La andanada borboteante dejó su escritorio y el brazo de la Vacota sembrado de gotas de saliva. La Vacota explicó lo que acababa de averiguar; empezó con desgano porque entendía que era poca cosa, pero fue interrumpido por el comandante:

—¿Mujeres mayores de piernas varicosas? ¿Monjitas? ¿No entran en ese campo las damas piadosas? ¿Y no es la mujer de Brito, precisamente, una dama piadosa?

Después brincó de su asiento y salió para decirle a Bertita que llamara al Tucumano, un agente de origen argentino experto en tirar de la lengua a las mujeres.

Luego dio instrucciones:

—Vacota, revisa el Twitter de Brito, y tú, Espectro, averigua qué orden religiosa viste a sus monjas con medias de nailon azul.

El Tucumano apareció en la puerta.

—¡A sus órdenes, mi comandante!

—Busca a la mujer de Tito Brito y me la traes. Va a montar una bronca, pero no hagas caso, tenemos base y la ley nos asiste. Primero que nada le quitas el teléfono para que no se lo cuente a nadie. Todo hay que hacerlo en dos horas, mientras su marido está en el programa.

—¿Y eso no será un poco irregular? —preguntó el Tucumano.

—¡Aquí el que regula las cosas es tu comandante! Tú te ocupas de traer a la dama piadosa.

Dicho esto, Conejero atendió a la Vacota, que le hizo una suma de los tuitazos de Brito; dedicaría su programa a la demonización del estrangulador y a la ridiculización de la policía, que era incapaz de atraparlo.

—Prende el radio —le dijo Conejero al Espectro antes de servirse media taza de whisky, acomodarse en la silla, subir las botas al escritorio y encender un cigarro—. A ver qué tiene que decirnos ese hijo de su putísima madre —proclamó.

—Nos vamos a meter en un lío con lo de la mujer de Brito —opinó el Espectro.

—El jefe me ha dado vía libre y no tenemos tiempo que perder.

—¿Puedo interrogarla yo? —preguntó el Espectro con un gesto que llamó la atención del comandante.

—Sí, para que te estrenes en esta nueva etapa —respondió Conejero; y después, a manera de disculpa por el atropello que estaba a punto de cometer el Tucumano, añadió—: No tenemos muchas opciones. El psicópata va estrangulando por motivos que ignoramos y el único patrón que podemos establecer gira en torno a Brito. Hay que escarbar precisamente ahí.

El programa empezó con un sentido homenaje a Sancho Garcés, el locutor asesinado la noche anterior. Brito intercalaba su modesta biografía con fragmentos de su programa, que era igualmente modesto. Quedaba claro que a Brito, más que a un colaborador, le habían matado a un amigo. Después vino la arenga contra el estrangulador, donde subrayó que era la segunda ocasión en que asesinaba a alguien de su entorno. Luego lanzó un ataque contra la policía, en términos mucho más ásperos que de costumbre, quizá porque estaba mucho más dolido. Llegó a decir que se sentía

inseguro en una ciudad que estaba a merced de los criminales y que le parecía indignante que esa policía tan ineficaz estuviera mantenida con los impuestos de todos los ciudadanos, «de esos mismos ciudadanos que no recibimos la protección que pagamos», dijo textualmente. Luego hizo un par de reflexiones chabacanas sobre la fragilidad del ser humano y concluyó diciendo que, por difícil que fuera, la vida tenía que seguir.

Después del corte comercial prosiguió el noticiario ya sin menciones al caso de Sancho Garcés; pero al final hubo una entrevista con el secretario de Gobernación pactada probablemente a última hora, porque Tito no había anunciado nada durante el programa. En una comunicación accidentada, porque hablaba desde un coche, el secretario expresó sus condolencias y las del presidente de la República y le aseguró al locutor que el jefe de la policía estaba trabajando personalmente en el caso y que muy pronto se daría a conocer la aprehensión del estrangulador. Todo esto dicho en un tono obsequioso que evidenciaba el poder que Brito tenía últimamente: «querido Tito», «como bien sabes Tito», «como te decía, Tito, en nuestra charla de ayer», «un abrazo muy cariñoso para ti y para tu mujer, Tito». «Tito» por aquí, «Tito» por allá: así terminó el programa.

—¿Un abrazo muy cariñoso para ti y para tu mujer? ¡En qué pedote nos vamos a meter! —exclamó la Vacota pensando en el Tucumano, que ya debía de estar con la mujer de Brito, y preguntándose si esa insensata decisión no se debía a las tacitas de whisky que había estado bebiendo toda la mañana el rey del chamorro.

En ese momento, Conejero hablaba por teléfono, sentado en el lugar de Bertita, con el jefe de la policía. Estaba encorvado sobre el escritorio con el auricular en una mano y pasándose la otra mecánicamente por la cabeza, como si quisiera quitarse briznas de hierba del pelo.

—¿Pasa algo, comandante? —preguntó el Espectro.

—Nada, que el jefe está un poco nervioso.

VIII

Cuando Conejero iba a iniciar la tormenta de ideas sobre el programa de Brito, aparecieron Julia Gis y Macabeo por el otro extremo de la oficina.

—¿No había salido el Tapir a buscar a mi hijo? —preguntó Conejero a la Vacota con enfado.

La aparición de Julia dejó a todo el piso en una especie de paréntesis; era la mujer del jefe y, por si eso fuera poco, era una criatura que invitaba a la contemplación.

—Aquí tienes a tu hijo —anunció Julia poniéndole una mano en el hombro a Macabeo con una coquetería que, en esa oficina, parecía propia de un animal extinto.

—Gracias, reina —dijo Conejero; luego miró con rencor a su hijo y agregó—: ¿Dónde te habías metido? La Vacota mandó al Tapir a buscarte, ¿verdad, Vacota?

—Sí, mi comandante.

—¿Que aquí nadie tiene un nombre normal, como Carlos o Javier? —terció Julia observando con aprensión el desorden de papeles, vasos de plástico y ceniceros rebosantes de colillas.

—Siéntate en aquella silla, voy a llamar a tu madre para ver qué quiere hacer contigo —le dijo Conejero a Macabeo.

Luego acompañó a Julia al estacionamiento y le prometió que en la noche pasaría a verla.

—Hueles a tabaco y a whisky —dijo Julia antes de poner en marcha su coche.

—Huelo a comandante de la policía —respondió Conejero con una carantoña infantil donde había culpa y remordimiento; si la hubiera visto alguno de sus subalternos le habría perdido inmediatamente el respeto.

De vuelta en la oficina declaró que nadie saldría a almorzar ni a ninguna otra cosa hasta que el caso del estrangulador presentara avances sustanciales; inmediatamente después ordenó a Bertita que consiguiera algo de comer. Luego pidió al Tapir, que había regresado con el humor fúnebre que le había dejado la búsqueda fallida de Macabeo, que hablara con quienes seguían a Tito Brito y les dijera que no lo perdieran de vista ni un segundo, y que se comunicaran

cada cuarenta y cinco minutos con la oficina para dar un reporte detallado de todos sus movimientos. El Tucumano había llegado con la esposa del locutor y la había metido en el despacho donde el Espectro la interrogaría.

Conejero sacó el whisky del cajón, se sirvió un cuarto de taza y, angustiado por el escaso horizonte de la botella, le dijo a la Vacota que alcanzara a Bertita y le pidiera que comprara otra. Luego se dirigió a su hijo, que se había acomodado en una silla demasiado bajita, que casi lo había hecho desaparecer.

—¿Y tú dónde andabas? Tu madre está hecha un manojo de nervios.

—En casa de mi amigo Agustín; luego fui a la oficina de Julia —respondió Macabeo mirándose la punta de los zapatos.

—¿Y por qué no recurres a mí en lugar de incordiar a mi novia? —preguntó Conejero mientras encendía nerviosamente un cigarro.

La presencia de su hijo lo sacaba de sus casillas y tenía que hacer grandes esfuerzos para comportarse como un padre civilizado y cariñoso.

—Porque cada vez que te llamo para decirte que necesito algo me mandas a un policía siniestro y, además, Julia es la única que me entiende, ni a mamá ni a ti les importo nada.

—No digas eso, Macabeo, por supuesto que nos importas, ¡si eres nuestro hijo!

—¡Y encima siempre estás borracho! —gritó Macabeo con lágrimas en los ojos y un doloroso gesto de sorpresa, quizá por haber dicho lo que nunca se había atrevido a decir.

—A ver, hijo mío —comenzó a decir el comandante—. Ésa es una acusación muy grave y también una exageración.

—¡Mamá también lo piensa! —replicó iracundo Macabeo.

—¡Vamos a dejar a Zoraida fuera de esta discusión! Y a ti, como vuelvas a gritar, te encierro en un calabozo —avisó Conejero sirviéndose lo que quedaba en la botella de whisky.

Miró de reojo a Macabeo, temía encontrar en aquel cuerpo regordete y flácido algún rasgo heredado de él; deseaba ardientemente que se pareciera sólo a Zoraida e incluso fantaseaba con la idea de que su exmujer hubiera engendrado a aquel vástago con otro, que se hubiera ido de loca una noche y la hubiera inseminado un gordinflón como ella.

Macabeo estaba inquieto con la amenaza del calabozo; había pasado de la ira al pánico y su miedo comenzaba a darle lástima al

comandante.

—Llevemos la fiesta en paz, hijo mío, no me cuestiones para que yo no te cuestione a ti. ¿No crees que exageras, que has sido un majadero, con esa acusación de que soy un borracho? —dijo Conejero, ya más relajado, con su taza de whisky en la mano.

—Beber alcohol está mal, perjudica tu salud: te estás matando —dijo Macabeo con un puntito histérico y sorbiéndose los mocos, unos mocos ingrávidos que había producido su discreto lloriqueo.

—¿Y quién te crees que eres, mi médico? — preguntó Conejero enfadado.

—No, soy un hijo que se preocupa por ti y te quiere —respondió Macabeo echándose hacia delante con la intención de desafiar a su padre y moviendo todo el cuerpo como si fuera una gran gominola.

«Mi heredero, ¡carajo!», pensó con una creciente angustia; y deseó con todo su corazón que regresara la Vacota o el Espectro o incluso Bertita, lo mismo daba; deseaba que alguien lo salvara de ese cara a cara con su hijo. Como nadie llegó en ese instante, disparó a quemarropa.

—¡Ni tú ni nadie tiene que preocuparse por mí, niño pedorro!

A lo que Macabeo, herido por lo que acababa de decirle su padre, replicó:

—¡Soy un niño pedorro porque tú me dejaste traumado en Tecolutla, en aquellas vacaciones en las que no me hiciste ningún caso por estar emborrachándote con tus amigotes!

Macabeo gritó esto de pie, con una rabia y a un volumen que llamó la atención de los pocos que quedaban trabajando en el piso a la hora de la comida.

El comandante Conejero estaba aterrorizado; podía resistir perfectamente unas cuencas oculares vaciadas con una cucharilla, pero no al regordete de su hijo reclamándole su saldo de paternidad. Por otra parte, le parecía imperativo rescatar esa relación; su hijo no le gustaba nada, pero le preocupaba lo que Julia Gis, que tenía mejor comunicación con Macabeo, pudiera pensar. ¿Quería tener hijos con Julia Gis? ¿Deseaba una revancha genética, una oportunidad para demostrar que era capaz de engendrar un heredero menos blandengue? Esas y otras preguntas se le iban disparando en la cabeza a una velocidad incontrolable, pero él procuraba aferrarse a un solo pensamiento: la inconveniencia de tener a su hijo ahí, distrayéndolo del caso del estrangulador que necesitaba urgentemente de su atención.

—Mira, Macabeo —tronó el comandante—, yo no tengo que presentarle cuentas a nadie y, además, de aquellas vacaciones tuyas nadie tuvo la cortesía de avisarme; si tú o tu madre lo hubieran hecho, te hubiese esperado de otra forma en Tecolutla, en un plan más infantil.

Y en lo que Conejero le daba otro trago a su tacita, Macabeo reviró:

—Pero ¿de qué estás hablando? Si fuiste tú quien me llamó para decirme que fuera a Tecolutla a pasar unos días para recuperar nuestra relación.

—¡Pues no recuerdo nada de eso! —gritó furibundo Conejero, que desde luego se veía completamente capaz de semejante imbecilidad si había bebido lo suficiente.

—¡Pues fue así! Si no, ¿por qué crees que aparecí en el hotel? —aulló Macabeo plantado enfrente de su padre, temblando de ira como un flan y manoteando encima del escritorio.

Conejero se puso pálido; en los gritos de su hijo veía una réplica de los que durante dos años le había suministrado Zoraida, su exmujer, y cuanto más veía a su hijo, más la veía a ella. Pero no tenía más remedio que tratar de apagar ese fuego.

—Vamos a serenarnos, Macabeo. Tienes razón, aquella vez me pasé de la raya y, quizá, también es verdad que bebo como un descosido; pero soy tu padre y sé lo que hago, y si bebo whisky es porque de alguna forma me ayuda a sobrellevar este trabajo, que es una putada, así como lo oyes, hijo mío, ¡una putada y una puta mierda! ¿O crees que puede uno ir sobrio a contemplar un cuerpo estrangulado al que le han sacado los ojos con una cucharilla de café? —rugió Conejero, pero en el acto se arrepintió.

Vio cómo empezaban a nublársele los ojos a Macabeo y cómo aguantaba sin llorar para que él, su padre, no pensara que, efectivamente, era un niño pedorro. Macabeo se puso rojo y no derramó ni una lágrima; después volvió a hundirse en su silla moqueando de una forma que, llegado cierto punto, hizo pensar al comandante que su hijo se estaba asfixiando.

—¿Estás bien? —le preguntó en lo que se ponía de pie para otear ansiosamente el mar de escritorios que se veía desde su oficina.

Le urgía encontrar a alguien que lo salvara de aquella tortuosa convivencia. Como no vio ninguna opción, pasó a la siguiente fase.

—Vamos a llamar a tu madre, a ver si pasa por ti o quiere que alguien te lleve.

Al oír esto, Macabeo montó en cólera.

—¡No quiero regresar con mamá! ¡Ahora quiero vivir contigo!

A Conejero se le fue el alma a los pies.

—A ver, hijo mío, no puedes plantearme esas cosas de sopetón. Vamos a hablar con tu madre, te vas con ella y luego con más cal...

—¡No quiero regresar con esa puta! —gritó iracundo el muchacho.

Conejero notó cómo, a medida que se iba enfureciendo, su hijo iba perdiendo lo flan y lo blandengue para pasar de gordito a gordo francamente peligroso.

—No llames así a tu madre —protestó.

—¡Y cómo quieres que llame a esa zorra que tiene un pito de plástico en el cajón de la mesilla de noche! —gritó Macabeo.

Bertita, que ya venía entrando con las tortas y la botella de whisky, retrocedió fingiendo que se le había caído algo; demorando su llegada le daba tiempo al comandante para reconducir el diálogo.

—Baja la voz, hijo mío, que eres todavía pequeño para hablar de esos artefactos.

—¿Pequeño? Si ya tengo dieciséis años.

—Sí, Macabeo, pero tu madre te ha consentido mucho y, al margen de tus años, todavía no has salido, por decirlo de algún modo, del cascarón.

El niño no podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Pero si cuando cumplí quince me llevaste a desvirgar con tu amiga la Libélula! —tronó.

El dato revelado por su hijo dejó mudo a Conejero. Había borrado aquello y, ahora, comenzaba a recordarlo como una escena fantasmal.

—Su whisky, comandante —dijo Bertita con cara de susto.

Los efluvios que despedían las tortas atrajeron a la Vacota y al Tapir, que aparecieron como por arte de magia en el despacho.

—Tengo que ver a la señora Brito —dijo el comandante—. No se acaben las tortas y échenle un ojo a mi hijo.

Macabeo se quedó desconcertado, pero no dijo nada. Una vez más, su padre lo dejaba en manos de dos policías siniestros.

—Cómase una torta, mijo —le sugirió la Vacota poniéndole enfrente un desmesurado envoltorio de papel de aluminio.

IX

Conejero entró a la oficina donde el Espectro interrogaba a la señora Brito. Era una mujer guapa y elegantemente vestida que, en ese entorno policiaco, resultaba una excentricidad de las mismas dimensiones que Julia Gis.

—Ya hemos terminado —le dijo el Espectro entregándole las hojas donde estaba transcrita la conversación.

La señora Brito miró con rabia a Conejero; tenía la pintura de los ojos corrida, como si se hubiera limpiado las lágrimas con la palma de la mano.

—¿Usted es el jefe? —preguntó.

Conejero asintió y, simultáneamente, se cuestionó la iniciativa de interrogar a aquella mujer, que seguramente iba a meterlo en un problema.

—Esto no se va a quedar así, se han violado mis derechos —dijo ella con los dientes apretados.

—Aquí no se ha violado nada, señora —dijo Conejero dándole vueltas a un cigarro y a la idea creciente de fumárselo—. Acaba de tener con este señor una conversación pacífica que servirá para dar con el criminal que acosa, de manera directa, a usted y a su marido.

—Ya lo veremos —dijo la señora Brito poniéndose bruscamente de pie.

Luego añadió que, si habían terminado, hicieran el favor de llevarla a su casa. Y salió del cuarto sin despedirse.

Conejero le hizo una señal al Tucumano para que se hiciera cargo de la señora. Luego cayó en la tentación, encendió el cigarro y se puso a leer la transcripción del interrogatorio bajo la mirada expectante del Espectro.

—Así que la primera víctima, la gran amiga del alma de esta zorra, su mano derecha en las misiones piadosas de Polanco, era la amante de Tito Brito —dijo Emiliano Conejero con una amplia sonrisa, mirando fijamente al Espectro.

Lo demás eran lamentos, opiniones disparatadas, morralla verbal en torno a la indignación y a la inseguridad que estaba convirtiendo a la Ciudad de México en «un sitio infernal».

—¿Qué opinas? —preguntó el Espectro, que lo miraba con los

brazos cruzados y su largo cuerpo apoyado en la pared.

—Cada vez me parece más claro que el asesino proviene de su entorno —añadió ceñudo y súbitamente malhumorado.

—¿Tito Brito? —preguntó el Espectro sin mover un solo ángulo de su posición indolente.

—Sí, o alguien pagado por él. Al principio no era más que una corazonada, pero ahora los hechos empiezan a darme la razón —dijo Conejero aplastando el cigarro contra el vidrio del cenicero.

Luego dejó escapar dos columnas de humo por la nariz como un viejo dragón.

—No creo que con lo que ha dicho esta señora podamos montar todavía un caso —opinó el Espectro.

—De acuerdo —dijo Conejero—, pero yo seguiría tirando de este hilo, vamos a concentrarnos en Tito Brito y aligeremos la vigilancia de la señora, no fatiguemos inútilmente al personal.

X

Conejero se sentó en su escritorio frente a la enorme torta envuelta en papel de aluminio que le había reservado Bertita. Abrió la botella de whisky, se sirvió un buen chorro y le puso otro al Espectro, que ya mordía ansiosamente aquella montaña de pan, aguacate y una pieza de lomo que colgaba por un extremo y soltaba gruesas gotas que le caían en el pantalón y en el empeine del zapato.

—¿Ya comiste? —preguntó el comandante a su hijo.

—Ya, papá —respondió Macabeo, que pocos segundos antes jugaba con su PSP; en cuanto su padre se sirvió el whisky, se quedó mirando temerosamente la taza como si fuera un revólver listo para emprender una ruleta rusa.

Bertita asomó la cabeza con un gesto lánguido que hacía ver su labio inferior como el belfo de un perro.

—Le habla el jefe —anunció dejando al aire, durante un par de segundos angustiosos, el tumulto de dientes que se le apiñaban en la encía de abajo.

El Espectro y la Vacota se miraron y luego dirigieron sus miradas al comandante.

—Tranquilos, no pasa nada —dijo mientras usaba la primera plana de un periódico deportivo para limpiarse la grasa que le había dejado la torta en los dedos.

Cogió la taza y salió parsimoniosamente a contestar el teléfono en el escritorio de Bertita. Prefería tener esa conversación, que estaba esperando desde que se marchó la señora Brito, lejos de sus subalternos. Con el auricular pegado a la oreja y la frente pesarosamente apoyada en la palma de su mano izquierda, Conejero fue sorteando la llamada del jefe.

Para rellenar el vacío que se había producido en la oficina, la Vacota preguntó al Espectro por las sensaciones que tenía al estar de vuelta en la oficina.

—Cualquier cosa es mejor que trabajar dentro de una columna de supermercado —respondió el Espectro haciendo un esfuerzo para que sus palabras lograran sobreponerse al bocado de pan y lomo que ocupaba su boca.

Dio un trago a la taza que le había servido el comandante y, ya

con el mordisco debidamente encauzado rumbo al diafragma, preguntó:

—¿Y desde cuándo anda Conejero con ese bombón?

—Ese bombón se llama Julia Gis —terció Macabeo desde su silla, donde permanecía hundido digiriendo trabajosamente la torta mientras jugaba con la PSP.

—La verdad es que a todos nos conviene que el comandante ande con una mujer como ésa, que lo tenga controlado —dijo la Vacota.

La conversación telefónica entre Conejero y el jefe comenzaba a volverse demasiado larga. Bertita se había ido a otro escritorio y desde ahí lo observaba en lo que iba dando mínimos mordisquitos a la torta descomunal que sostenían sus manos.

La Vacota y el Espectro estaban frente a sus respectivas computadoras cuando entró Conejero con una seriedad que invitaba a no dirigirle la palabra.

—Espectro —dijo mientras se servía un trago en la taza, un trago mezquino donde había más culpa que whisky—, ve a husmear entre las damas piadosas de Polanco, sonsaca a alguien, a ver qué encuentras... Acércate a los legionarios, no sé, sigue el rastro de las medias azules; pero hazlo todo muy rápido, cabrón, nos vemos aquí entre siete y media y ocho.

Luego dio instrucciones a la Vacota:

—Tú ve a husmear en la emisora de Tito Brito.

—Pero si ya lo seguimos todo el tiempo —protestó la Vacota.

Conejero, sin hacerle caso, puntualizó:

—Métete a la estación de radio, habla con la gente, con los operadores, averigua cosas sobre la primera víctima, sobre esa dama piadosa que era la amante de Tito Brito.

—¡No chingue, mi comandante! ¿De dónde sacó usted eso? —preguntó la Vacota con una sorpresa que le hacía los ojos más vacunos.

—Nos lo acaba de contar la señora... Y ahora lárgate, que se nos acaba el tiempo.

XI

Tito Brito era un hombre de orden, sumamente conservador y entusiasta explícito de las tradiciones más arraigadas. Durante años se había distinguido por sus exabruptos contra los homosexuales, contra los políticos de izquierda, contra los luchadores sociales y contra cualquier manifestación que atentara contra lo que él entendía como «normalidad».

Siempre estaba a favor de los empresarios, los banqueros y las medidas neoliberales que tomaba el Gobierno aun cuando éstas perjudicaran a más de medio país, que vivía sumido en la pobreza. También defendía la misa de los domingos y los valores de la familia, la lealtad con la mujer y con los hijos. En su programa tenía incluso una sección dedicada a la pareja católica donde invitaba a matrimonios bien avenidos para que contaran al auditorio las bondades de esa institución. Todo esto cuadraba perfectamente con la brigada piadosa y caritativa que dirigía su esposa.

El acusado sesgo de su programa no le daba mucha audiencia, pero tenía cautivo al sector más reaccionario de la ciudad y, por otra parte, nunca le faltaban anunciantes ni patrocinadores; siempre había una empresa o un banco dispuesto a darle dinero.

Que un hombre tan ostensiblemente conservador, un individuo que aprovechaba su programa y cada foro al que era invitado para promover las virtudes de la familia cristiana, del marido fiel y del padre cariñoso, tuviera una amante era un escándalo que no había salido a la luz a pesar del ruido generado por el estrangulador; o quizá no había salido, precisamente, a causa de ese ruido.

El comandante Conejero se preguntaba si ellos eran los primeros en saber lo que acababa de revelarles la señora Brito. Un dato crucial para la investigación que se había cuidado de no revelarle al jefe: tenía el pálpito de que aquello iba a terminar solucionando el caso y prefería, por el momento, no hacer olas.

Que la primera víctima del estrangulador fuera su amante conectaba a Tito Brito directamente con el crimen; un hombre de sus características era capaz de matar para conservar su imagen, que también era su negocio y su patrimonio. Quizá la amante presionaba demasiado y había amenazado con contarle la historia a su esposa;

ésta era una de las hipótesis de Conejero, aunque también podía tratarse de una coincidencia, tal vez la habían matado por otro motivo, pero el factor de la audiencia hacía recelar a Conejero de esa hipótesis: el reducido número de oyentes del programa de Tito Brito se había multiplicado por mil desde que había iniciado la cruzada mediática contra el estrangulador. Frente a un criminal que andaba suelto por la ciudad estrangulando a personas de ambos sexos, sus actitudes conservadoras se habían convertido en un valor positivo para cualquier oyente atemorizado.

Las noticias aparecían, desde luego, en todos los medios, pero ninguno dedicaba al asesino tanto tiempo, tanta energía o tanta vehemencia, ni lo hacía con tanta inmediatez y precisión como Tito Brito. «La verdad no existe hasta que alguien la proclama», repetía continuamente Brito durante su programa, y sus alaridos cotidianos lo habían encumbrado en los niveles de audiencia.

Conejero recurría a la matemática elemental del policía que, antes de dar el primer paso, se pregunta: ¿quién se beneficia de este crimen? La respuesta brincaba inmediatamente.

Una cosa le daba vueltas en la cabeza al comandante: ¿por qué la mujer de Brito le había hablado al Espectro de la amante de su marido? ¿Estaba dolida y era su manera de vengarse? ¿Intentaba que la policía sospechara de Brito sin exponerse a la vergüenza pública de aparecer como una esposa cornuda? ¿Se había puesto nerviosa en el interrogatorio? ¿Lo iba a revelar de todas formas?

En todo caso, pensaba Conejero, era imperativo interrogar a Tito Brito. El jefe iba a molestarse mucho, pero no tenía otro remedio. Al día siguiente, en la mañana, le haría una visita en su oficina.

En todo ese panorama había una pieza que no encajaba: el locutor nocturno estrangulado en su cabina. Si Brito era culpable y fabricaba una oleada de crímenes para mantenerse en la cúspide del *rating*, ¿por qué mataba en su propio negocio? ¿No bastaba con ir matando a desconocidos por ahí? O bien: ¿qué sabría ese locutor de Tito Brito?

XII

Conejero reflexionaba aprovechando que su oficina se había quedado en silencio. Estaba recostado en su silla y había subido los pies al escritorio, pero al cabo de un rato comenzó a molestarlo la musiquilla, casi imperceptible, de la máquina con la que jugaba su hijo.

—Mijito, hazme un favor: bájale el volumen a esa chingadera, que no puedo pensar.

Macabeo lo miró con agresividad, quitó el volumen y se abstuvo de decirle que no podía pensar porque no dejaba de beber. Calculó que, si lo decía, con el humor que traía su padre, seguramente iba a refundirlo en el calabozo.

A Conejero le parecía evidente que la solución pasaba por Tito Brito, pero en ese momento, después de lo que acababa de decirle el jefe, no podía dar el siguiente paso, que era meter al locutor en un cuartito hasta que cantara. Encendió la computadora y, después de leer los titulares del diario *Milenio*, que iban de la violencia en Veracruz o Cuernavaca a la guerra civil en la lejana Siria, entró al Twitter para ver en qué andaba Tito Brito y, de paso, conocer las andanzas de la Libélula, esa amiga suya que Macabeo acababa de traer a colación y que participaba en la red social con el desasosegante mote de @metocomicampanita. Revisó los últimos dos tuitazos de su amiga, que habían aparecido la madrugada anterior. Uno decía: «Se me rompió el resorte de mi loco corazón». El otro era una foto desenfocada que lo mismo podía ser una estampa del mar, una imagen del firmamento o una colcha del burdel donde trabajaba. Cuando regresó al *timeline* vio que Tito Brito, que escribía bajo el nada modesto seudónimo de @MrRadio, acababa de colgar un tuit. El corazón le dio un vuelco en cuanto lo leyó: «El estrangulador de la media azul acaba de asesinar a otra mujer». Y debajo, como prueba, había una fotografía de la mujer asesinada. Para confirmar la noticia fue a las cuentas de los periódicos que se ocupaban de la información policial. No encontró nada, volvió al *timeline* y ahí leyó un nuevo tuit de @MrRadio: «¿Quién defiende al ciudadano de a pie? Acabamos de comprobar que la policía no».

¿Cómo era que Tito Brito se había enterado antes que nadie de ese

nuevo asesinato? ¿El estrangulador lo informaba personalmente? Un minuto después, los periódicos comenzaban a retuitear la noticia de @MrRadio y cuatro minutos más tarde el *timeline* de Conejero era un hervidero. Marcó en su teléfono el número del jefe.

—¿Qué pasa? —preguntó éste con la voz pastosa, como si se estuviera despertando de una siesta en su sillón.

—El estrangulador ha reaparecido —le dijo Conejero con una voz casi festiva—. ¿Sabe usted algo?

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Twitter está en llamas, el mismísimo Tito Brito ha dado la primicia.

—¿Qué carajo es eso que está en llamas?

—Twitter.

—Y eso qué es, ¿un caramelo?

XIII

En lo que Conejero trataba de confirmar la noticia, llamó el Espectro por teléfono.

—Comandante, acaban de estrangular a una mujer en Plaza Coyoacán.

—¿Cómo sabes dónde ha sido? —preguntó extrañado Conejero.

—Acabo de oírlo en la radio de la policía.

—Nos vemos allá —anunció el comandante.

Se puso la gabardina y sacó del bolsillo la nalguera para rellenarla con la nueva botella. Luego se metió la pistola entre el cinturón y la camisa y se puso el sombrero. Bertita miraba absorta toda la operación, como si el comandante hiciera eso por primera vez.

—¿Pasa algo? —preguntó a la secretaria, que ya comenzaba a intimidarlo.

—Nada, comandante, estaba viendo lo mucho que se parecen su hijo y usted: son como dos gotitas de agua —dijo Bertita con una sonrisa expansiva.

—¡Me voy! —gritó Conejero saliendo a toda prisa, ansioso por llegar a la escena del crimen y súbitamente desarbolado por la insensata observación de su secretaria.

—¡No quiero quedarme aquí solo! —exclamó Macabeo con un proyecto de lágrimas en la orilla de los ojos y poniéndose súbitamente de pie para alcanzar a su padre.

—¡No, señor! —gritó Conejero, desesperado ante la perspectiva de cargar con su hijo—. Tú te quedas aquí con Bertita. Que te ponga unas películas en la computadora.

—¡Quiero ir contigo! —explotó el niño con aquella violencia que lo metamorfoseaba en un gordo abyecto y peligroso—. ¡Si no me llevas voy a contarle a todo el mundo lo que le hacías a tu compadre Marcelino en Tecolutla!

Conejero se detuvo de golpe. Aplicó un instantáneo dragado en su memoria para adivinar qué podía haberle hecho a su compadre y no pudo llegar a ninguna conclusión. Todo lo relativo a su estancia en Tecolutla era oscuridad; pachanga y oscuridad; fiesta loca y oscuridad; marihuana, cocaína, ron veracruzano y mucha, pero mucha, oscuridad. No pudo llegar a ninguna conclusión, pero

barruntó que lo presenciado por Macabeo podía ser muy grave, muy vergonzoso y sumamente comprometedor.

Llegando al coche, Conejero le pidió a su hijo que se sentara en el asiento de atrás.

—Tengo dieciséis años y quiero ir adelante.

El muchacho se rebeló. Sabía que acababa de dar en el blanco con la historia del compadre Marcelino y estaba decidido a sacarle jugo a ese momento.

—Como ya eres un adulto tampoco te importará que beba un trago de whisky, ¿no? —dijo Conejero mirando a su hijo de reojo y preguntándose, con verdadera angustia, qué era eso que había hecho en Tecolutla con su compadre.

Se conocía y sabía muy bien que en sus cúspides festivas era capaz de cualquier cosa. Antes de poner en marcha el motor abrió la guantera. Metió la mano con los ojos cerrados, sacó el cassette y no lo abrió hasta que lo tuvo enfrente. *Abraxas*, de Santana.

—Esto va a ponerse diabólico, pinche Macabeo —le dijo al niño mientras metía la cinta en su vetusto reproductor.

Se puso las gafas oscuras y arrancó rumbo al lugar del crimen.

—Éste es un guitarrista de verdad, hijo mío —comenzó a pontificar Conejero sobre la música de Santana, que sonaba a buen volumen—. No como esos mariconazos que oyen hoy en día los chavos de tu edad... Oye nomás qué pinche requinto.

—¿Puedo decir algo y no te ofendes? —preguntó Macabeo con precaución.

—Dispara, hijo mío.

—Con esas gafas oscuras te pareces a Thalía.

XIV

Conejero subió medio Galaxy a la banqueta y bajó corriendo hacia el interior del centro comercial seguido trabajosamente por Macabeo.

—Un cuerpo sin ojos es como una casa sin luz —le dijo el comandante a su hijo mientras se abría camino por las escaleras eléctricas metiendo el cuerpo y dando codazos a la clientela para llegar con rapidez a la escena del crimen.

—¡Bruto! —gritó una señora.

Cuando llegaron a la tienda, Conejero vio con disgusto que un reportero del programa de Brito entrevistaba al gerente. La Vacota y el Espectro ya estaban ahí olfateando el lugar para ver qué descubrían.

—¿Cómo es que ese hijo de puta se ha enterado del crimen antes que nosotros? —les preguntó Conejero en un mero ejercicio de retórica.

—Vaya usted a saber, ¿por el Twitter? —contestó la Vacota pasándose aparatosamente la manga de la camisa por la frente para quitarse una legión de perlas de sudor.

El comandante pasó junto al gerente, que estaba concentrado en las preguntas que le hacía el reportero y, sin que ninguno de los guardias se atreviera a impedírselo, se introdujo directamente al probador seguido por sus acompañantes.

En uno de los nichos que servían para probarse prendas había un cuerpo. Una mujer de mediana edad tirada de mala forma en el suelo y enredada en la cortina roja a la que, con un notable gusto dramático, se había agarrado al caer. Entre los pliegues de la gruesa tela afloraban la cabeza con el pelo revuelto, el cuello y un hombro; por el otro lado brotaba un esperpéntico muslo blanco que parecía el lomo de una beluga.

—Buen muslo —dijo la Vacota mirando fijamente la extremidad del cadáver.

—Prefiero los peces vivos —dijo Conejero en lo que se agachaba a examinar la cabeza de la víctima, que estaba cubierta por un espeso mechón de pelo—. Es obra del mismo artista —dictaminó.

La mujer había sido estrangulada con una media azul y los ojos extirpados con una cucharilla que el asesino había dejado ahí como

marca personal. El comandante introdujo dos dedos en la boca del cadáver para sacar los globos oculares.

—Aquí los tienes —dijo, y alargó la mano para que la Vacota se hiciera cargo.

—Quiero vomitar —avisó Macabeo, que estaba viendo la escena detrás de su padre, entre el Espectro y la Vacota.

Antes de que ninguno de los tres pudiese actuar, el muchacho salió corriendo en dirección al baño, donde arrojó una masilla color caoba que despedía un poderoso aroma agrio que rápidamente inundó la zona.

—Ve a ayudarle al niño —ordenó Conejero a la Vacota.

El Espectro se había agachado junto al cadáver y observaba con atención los detalles de la media azul, la forma en que apretaba el cuello y el nudo que le habían hecho. En un gesto que al comandante le pareció comedido e incluso pudoroso, regresó el mechón de pelo a la cara de la mujer para que disimulara los huecos que le distorsionaban el rostro. Cuando iba a levantarse notó que del bolsillo de la camisa del cadáver sobresalía la punta de un papel, cosa que Conejero percibió también en ese instante. El papel había sido puesto ahí con la intención de que alguien lo viese y lo leyera. El Espectro se volvió para mirar al comandante y éste dio su beneplácito. Cogió el papel y lo extendió para leer el mensaje: «Mañana habrá otro».

—¡Vaya novedad! —exclamó Conejero mientras tapaba el muslo con la cortina, quizá movido por la cortesía que acababa de exhibir su compañero.

En el cuerpo no había ni cartera ni ningún objeto que permitiera identificarlo. Era necesario conocer el nombre de la víctima. La mujer iba sola y había que esperar a que se obtuviera esa primera información para ver qué rumbo tomaba el caso.

—Llama al Tucumano y al Tapir para que vengan a buscarle un dueño al cuerpo —ordenó Conejero al Espectro sin perder detalle de lo que hacía el forense, que acababa de llegar.

Macabeo había terminado su estancia en el baño y esperaba a su padre junto a la Vacota, pálido y más blandengue que de costumbre. Las vomitonas le habían dejado los ojos hundidos y la frente perlada de un sudor aceitoso. Al verlo ahí, blandote y desvalido, expuesto al alto contraste que promovía la sólida cercanía de la Vacota, recordó lo que le había dicho la infeliz Bertita sobre lo mucho que se parecía a su hijo y le dieron ganas de echarla a la calle e, inmediatamente

después, salir corriendo a hacerse la vasectomía.

Lo último que deseaba era que Julia se quedara preñada y diera a luz a un gordito parecido a Macabeo, su medio hermano. «¿Qué clase de padre soy?», se preguntaba Conejero con cierto vértigo rodeado por el trajín policiaco que se ocupaba del cadáver.

—El jefe llama —le dijo la Vacota extendiéndole su teléfono.

El comandante explicó al jefe los detalles del crimen desplazándose pesadamente entre las estanterías llenas de prendas femeninas. Trató de justificarse cuando se le pidió un pronóstico.

—Estamos haciendo lo imposible, pero es un sujeto que deja pocas pistas. Aunque tenemos un par de líneas de investigación, dependemos de que cometa algún error —argumentó Conejero.

Luego, mientras palpaba unas bragas que pensaba llevarle a Julia, oyó lo que ya esperaba: el jefe tenía demasiadas presiones, el secretario de Gobernación lo había vuelto a llamar y también Tito Brito; las crónicas que estaban apareciendo en la prensa los ponían en ridículo.

—Así que tienes veinticuatro horas para atrapar al estrangulador o voy a tener que mandarte, con uniforme y macana, a vigilar un supermercado —le dijo.

Conejero devolvió el teléfono pensando que, mientras sus subalternos anduvieran por ahí, no servía de nada llevar el suyo silenciado.

Antes de hablar con Macabeo para ver cómo se encontraba, bebió lo que le quedaba de whisky en la nalguera. Dejó dicho al Tucumano, que ya trabajaba en la identificación del cuerpo, que lo llamara en cuanto descubriera algo, por modesto que fuera. Luego se acercó a su hijo, le puso una mano paternal en el hombro y, mirando a la Vacota y al Espectro, le dijo:

—Vamos a tomar algo y a ordenar nuestras ideas, que la cosa se está poniendo demoniaca.

Macabeo lo miró incrédulo; la torta de Bertita le había destruido el sistema digestivo; sólo quería una cama y vomitar con tranquilidad en la casa de su padre; pero antes de que pudiera expresar lo que ya estaba diciendo con sus gestos, Conejero se adelantó.

—Lo mejor para el estómago es una buena Coca-Cola con mucho hielo.

XV

—Una Coca-Cola con mucho hielo, dos cubas de añejo y un Cutty Sark —pidió el comandante cuando se acomodaron los cuatro en una mesita del Sanborns.

Aunque el bar estaba medio vacío, había elegido una esquina oscura para poder hablar con libertad. En la otra punta, un hombre de pelo blanco tocaba la guitarra para que una cantante joven, cuya fogosidad desentonaba con la indigencia del escenario, desgranara una tanda de canciones depresivas.

—Ya lo sé, muchachos, el bar está feote —admitió Conejero en lo que llegaban los tragos—, pero es lo que había a mano y si vamos más lejos se nos desperdigan las ideas.

Y al ver que ninguno decía nada, remató:

—Además, al niño le urge una Coca-Cola.

Macabeo lo miró desorientado desde el fondo de sus ojos hundidos, desde el fondo mismo de su niñez sin padre, desde el pantano de una adolescencia que no había hecho más que empezar.

—No era mi intención que vieras el cadáver —empezó a explicarle —. Eso de que no quieres regresar a casa de tu madre me ha caído de sorpresa; no estoy acostumbrado a contar contigo.

El niño sonrío con una resignación melancólica.

Una señorita ataviada con ropa étnica de color azul eléctrico y blancos holanes estentóreos sirvió las bebidas y puso un platito de cacahuates en el centro de la mesa.

—Si desean algo más soy Angelina y estoy para servirles —notificó la muchacha con un sonsonete que denotaba las decenas de veces que había pronunciado esa fórmula durante la última semana.

—Esas ancas acaban de robarme el corazón —proclamó la Vacota.

Luego soltó una gran carcajada que sólo secundó Macabeo articulando una sonrisa lánguida antes de atacar su Coca-Cola.

—El jefe me ha dado veinticuatro horas para atrapar a ese cabrón —informó Conejero con la engañosa jovialidad que le produjo el primer sorbo de whisky.

—¿Tenemos algún plan? —preguntó el Espectro.

—Vamos a esperar la filiación de la muerta, que está levantando el Tucumano; pero independientemente de esto, mañana hay que

cerrarle el cerco a Tito Brito: o es él o él nos va a conducir hasta el asesino —dijo Conejero con el semblante serio, rocoso e inexpugnable que atemorizaba a sus subalternos.

—Como diría mi padre, *alea iacta est* —pronunció cuidadosamente el Espectro

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó la Vacota con el vaso medio desaparecido en su enorme mano y a medio camino entre la mesa y su boca.

—«La suerte está echada» —respondió el Espectro.

—Y, por cierto, ¿cómo está tu padre? —preguntó Conejero pensando que a lo mejor, como ya habían hecho en otros casos, podrían pedirle al viejo jipi su punto de vista sobre Tito Brito y el estrangulador.

—Un poco achacoso, la verdad. Bebe todo el día y coge con su novia cada doce horas; ese régimen a los setenta y ocho años le está pasando factura.

—Es que había pensado que igual podía orientarnos…

—Olvídalo, comandante, ya sólo le interesan los orificios, los de su novia y el de la botella.

—Hay un niño en la mesa —intervino, preocupado, la Vacota, pasando por alto su observación lúbrica sobre las ancas de la mesera.

Macabeo había sacado su PSP y estaba abstraído en la pantalla. Conejero tenía la impresión de que la actuación policial que había presenciado lo había despojado de su agresividad contra él, lo había hecho ver que su padre era un hombre útil que tenía a su cargo a mucha gente y era capaz de conducirse con diligencia y responsabilidad. Tanto era así que no había dicho ni pío del rosario de whiskys con los que iba acompasando la charla con sus subalternos.

—Una cosa les voy a pedir, muchachos —dijo Conejero con solemnidad—. Ni una palabra a nadie de lo que reveló hoy la señora; es una información que, de momento, quisiera que quedara entre nosotros.

—¿Se refiere usted a la amante de Brito? —preguntó la Vacota.

—Exactamente —respondió Conejero.

Después levantó la mano para pedirle a la señorita del vestido étnico otro whisky y otra cuba para la Vacota; Macabeo no quería más Coca-Cola y el Espectro apenas había probado su primer trago. La joven fogosa seguía interpretando las piezas depresivas que salían de la guitarra de su acompañante; su repertorio y su energía parecían

interminables. El bar seguía medio vacío.

—¡Un brindis! —exclamó la Vacota con el tono de jolgorio que le habían proporcionado las cubas que se había bebido.

Luego miró hacia donde estaba la fogosa cantante, que había hecho una pausa en su mortal repertorio para acodarse en la barra y beberse un tequila que le despejara la garganta, y añadió:

—Y ahora van a disculparme, voy a ver de qué rodada son esas ancas.

XVI

Cuando salieron del bar, todas las tiendas del centro comercial habían cerrado. Las pisadas de Conejero y de su hijo resonaban contra el mármol y se propagaban por el espacio vacío. El Galaxy seguía como lo había dejado, medio subido a la banqueta. La policía de tránsito tenía un sexto sentido para identificar el vehículo de un colega; sabía que a un Galaxy de ésos, con los vidrios oscuros y estacionado con tamaña displicencia, había que dejarlo en paz.

Cuando iba a abrir la puerta, el comandante vio que la Vacota trataba de meter algo en la cajuela de su coche y que, al comprobar que no le cabía, lo sacaba para ponerlo en el asiento de atrás.

—¿Es un cuerpo eso que está cargando la Vacota? —preguntó asombrado Macabeo, con unas ganas súbitas de volver a vomitar.

—Espérame aquí —ordenó Conejero.

En la calle reinaba la oscuridad, pero se alcanzaba a distinguir que, efectivamente, se trataba de un cuerpo.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó el comandante con una autoridad que hizo brincar al policía.

—Nada —respondió la Vacota con cara de sorpresa.

Se hizo a un lado para que su jefe viera que en el asiento de atrás acababa de acomodar un maniquí vestido de novia.

—¿Y eso? —preguntó Conejero.

—Nada. Un obsequio que me hicieron en la mañana.

—No irás a hacer alguna marranada.

—De ninguna manera, mi comandante, es para mi sobrina, que le gustan mucho las muñecas; y por cierto, el dueño de la tienda de las medias de nailon le envía estas muestras —le dijo entregándole una caja blanca.

De nuevo a bordo del Galaxy, Conejero le explicó a su hijo que el cuerpo era en realidad un maniquí. Mientras buscaba un cassette en la guantera recordó que ya no le quedaba whisky y sintió algo parecido a la desolación. Muy consciente de lo que se jugaba, metió el cassette en el aparato: *Ram*, de los Wings.

—¡Qué cosa tan rara! —exclamó girando la llave de contacto y esperando la onda expansiva de aquel oráculo, como quien sabe que de la siguiente ventana va a caerle un piano.

Había pensado llamar a Julia para avisarle que iría con Macabeo, pero prefirió aparecer de golpe con el niño. Lo normal hubiera sido ir a su propia casa, pero lo aterraba estar solo con su hijo y, además, no recordaba en qué condiciones se encontraba aquello; seguramente estaría todo patas arriba y habría latas de cerveza y botellas vacías por todos lados, y en ese momento no se sentía con energía para enfrentar los cuestionamientos de Macabeo. Iba pensando en ello cuando, en la esquina de Río Churubusco e Insurgentes, tropezó con un control de alcoholemia.

—¿Ha bebido alcohol durante las últimas horas? —preguntó una señorita uniformada.

Cuando Conejero iba a decir que por supuesto que no había bebido absolutamente nada, uno de los policías que andaban por ahí gritó entusiasmado:

—¡Comandante Conejero!

Y se acercó a estrecharle la mano con una sonrisa y una admiración que dejaron impresionado a Macabeo.

—¿Necesita apoyo de alguna índole? —preguntó el policía con una untuosidad más bien empalagosa.

—Pues sí, compañero, ya que te ofreces, cómprame una botella de Cutty Sark ahí en el Oxxo —respondió el comandante dándole dos billetes para que le hiciera el favor a sabiendas de que estaba traspasando un umbral, pero al mismo tiempo convencido de que ese día la vida lo había puteado de lo lindo y que a esas horas gozaba ya de un crédito que le daba derecho a putear al policía, a Macabeo y a quien se atreviera a cruzarse en su camino.

XVII

—¿No vamos a dormir en tu casa? —preguntó el niño en cuanto vio que su padre maniobraba para estacionarse afuera del edificio donde vivía Julia Gis, cosa que hacía con cierta dificultad porque llevaba la botella de whisky, de la que había bebido un par de tragos durante el trayecto, clavada entre los muslos.

—No —respondió Conejero secamente.

—¿Puedo hacerte una pregunta sin que te molestes? —dijo Macabeo ya sin el espíritu sosegado que había mantenido las últimas horas.

Los miedos que le había producido la mujer estrangulada y los temblores causados por la vomitona se habían disipado y ahora aparecía el Macabeo pendenciero, el gordo altanero y agresivo que le pedía cuentas a su padre. Sin esperar respuesta, el niño lanzó su pregunta:

—¿Tienes mucha sed?

—¡Métete en tus asuntos, pinche Macabeo!

—¿Por qué bebes tanto? —insistió el niño, machacón.

Su padre, haciendo un esfuerzo soberano para mantener la calma, recurrió a su vena alegórica:

—Para aplacar el dragón que llevo dentro.

—¿Qué?

—Para salirme un poco de mí y mirar las cosas desde otra perspectiva.

—¿Cómo?

—Para pensar, muchacho; como mejor me trabaja la piedra es lubricada con un poco de Cutty Sark.

—¿Y en Tecolutla tenías mucho que pensar?

—Un chingo.

—¿Y eso que hacías con tu compadre Marcelino tenía que ver con el pensamiento?

—Mira, Macabeo, a los cincuenta años la memoria se vuelve porosa y yo a estas alturas ya ni sé quién es el pinche compadre Marcelino —dijo Conejero.

Se quedó con la sensación de que era otro el que hablaba y la sospecha de que estaba ya bastante borracho. Dio otros dos tragos

largos a la botella, volvió a clavársela entre los muslos y decidió que era el momento de aleccionar a Macabeo, de tirarle un consejo a ese gordito para que no lo olvidara nunca. Pero no se le ocurrió nada.

—Beber está pasado de moda, es una costumbre del milenio anterior —dijo el niño desafiante.

—Y tú qué, ¿te sientes muy modernito?

—El alcohol destruye.

—¿Desde cuándo te preocupa tanto mi salud?

—Vas a dejarme sin padre.

—Tranquilo, niño, que la vida todavía me gusta mucho.

—¿Entonces por qué te destruyes así?

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Sí.

—¿Por cruda que sea?

—Sí.

—Bebo para soportarte, me pones nervioso, no sé qué hacer contigo.

—¡Pero si soy tu hijo!

—Apenas te conozco.

—No es mi culpa que te hayas desentendido tantos años de mí.

—¿Y tus amiguitos no beben alcohol?

—No.

—A lo mejor deberías beber un poco de whisky, así se te quitaría esa forma de ser tan...

—¿Tan qué?

—Tan blandengue.

—¿Qué? ¡Soy blandengue porque tengo problemas psicológicos que me hacen engordar! —gritó Macabeo fuera de sí, manoteando muy cerca de la cara de su padre; y, con los ojos llenos de lágrimas, añadió—: ¿Y sabes de dónde vienen mis problemas psicológicos? ¡De ti y del pito de plástico que tiene mamita en su mesilla de noche!

Después de gritar esto se derrumbó sobre el muslo de su padre y golpeó la botella de whisky con la cabeza.

Conejero no sabía qué hacer con aquel niño, no sabía dónde ponerle una mano paternal: ¿en la espalda o en la cabeza? Mientras pensaba qué debía hacer y consideraba la conveniencia de beberse un par de tragos más, Macabeo empezó a llorar a un volumen y con una energía que, si no la moderaba, iba a despertar a todo el vecindario.

—Ya, hijo mío, serénate, ya verás que todo se arregla —decía

mecánicamente Conejero.

También mecánicamente le acariciaba la espalda pensando que, sin ninguna duda, aquel episodio era el destino que le había trazado el infausto cassette de los Wings.

XVIII

—¡Macabeo! —gritó Julia Gis cuando vio al niño congestionado, con la nariz roja y los ojos llorosos.

—No es nada —trató de calmarla Conejero.

Al decirlo sintió que la luz blanca que le caía entre las cejas lo estaba desequilibrando y que el edificio comenzaba a escorarse hacia el oeste. Julia lo miró con unos ojos donde había cuando menos dos reproches: por tener al niño en esas condiciones y por presentarse ahí en semejante estado. Después abrazó maternalmente a Macabeo, le dio una leche caliente y lo llevó al cuarto de la televisión para que se acostara en el sofá cama.

Conejero se quedó solo. Se sentó en un sillón haciendo esfuerzos para que el edificio dejara de escorarse y, mientras oía cómo Julia le daba conversación a Macabeo, una conversación fluida y natural que él jamás había sido capaz de sostener con su hijo, pensó que si no se metía una raya de coca iba a quedarse dormido y babeante frente a su novia. Aunque oficialmente había dejado las drogas, y aunque drogarse en aquella casa limpísima era una ignominia, comprendió que la única salida era tambalearse hasta el baño e inhalar dos gruesas rayas de cocaína, una para cada fosa nasal. Después, súbitamente recompuesto y vertical, se revisó en el espejo la nariz y sus alrededores porque no deseaba que Julia se enterara de su recaída y comenzara a preocuparse.

—Aquí no ha pasado nada —le dijo exultante a su imagen en el espejo y notó que, a pesar de los años, seguía siendo un hombre atractivo con todas las piezas en su sitio.

«Si te ves guapo en el espejo es porque sigues borracho», pensó inmediatamente después con algo de vergüenza.

Fue directamente al cuarto de la televisión, donde se interesó por Macabeo y ayudó a Julia con el sofá cama. Casi tuvo que cargar a su hijo, que se había quedado traspuesto en una silla, para tumbarlo en el mueble recién desplegado.

—Perdón por caerte de improviso con el niño, pero no hay forma de regresarlo con su madre — se disculpó Conejero.

—Me dijo que te ha pedido dormir aquí porque no se siente a gusto cuando está solo contigo. ¿Es verdad eso? —preguntó Julia.

—Sí, es verdad —respondió el comandante con la lucidez y la agilidad mental que le proporcionaba la combinación de whisky y cocaína.

El cabrón de Macabeo había adaptado la historia según su conveniencia, pero a él le venía bien esa versión, que le ahorraba dar explicaciones. Aún no se atrevía a contarle a Julia el desasosiego que le producía su hijo.

Julia lo miró con la intención de calibrarlo, de medir su estado de ánimo para ver si estaba en condiciones de contarle algo que le había pasado hacía un rato y que la tenía preocupada. Sabía, por supuesto, que el comandante estaba hasta las manitas y calculaba, con la base científica que le daba el tiempo que llevaban juntos, que ya había ido al baño a meterse coca. También había decidido que no le diría nada sobre esa flagrante recaída. Más valía hacerse la pendeja con ciertos temas, simular que no se daba cuenta para que Conejero se viera obligado a esconderse. Tenía comprobado que así consumía menos; cuando se abría la discusión, la cosa se salía rápidamente de madre.

—Tengo que contarte algo —dijo—. ¿Quieres un whisky?

—¿Es grave? —preguntó Conejero ligeramente alterado.

Esa ligera alteración combinada con la cocaína le provocó una taquicardia que aguantó estoicamente.

—Ya me dirás tú —respondió Julia en lo que ponía sobre la mesa la botella de whisky.

Conejero guardó silencio y ella, antes de contarle lo ocurrido, le dio un vaso con hielos y puso al lado otro vacío. El comandante sirvió dos tantos y se dejó distraer por la idea que defendía su novia sobre el whisky y que tanto lo divertía. Julia, una mujer rica y sofisticada que había vivido su juventud en Londres, alegaba que el whisky se bebía solo, que beberlo con hielo era cosa de gringos o de mexicanotes que querían parecer gringos; «como tú», apuntaba con malicia.

—Uno de tus hombres estuvo merodeando por aquí, en la calle, hace unos cuarenta minutos —dijo Julia después de darle un traguito simbólico a su whisky.

—¿Merodeando?

—Sí, curioseaba, miraba hacia aquí...

—¿Y cómo sabes que era uno de mis hombres?

—Era el alto ese que estaba hoy en tu oficina, el que no era la Vacota.

—El Espectro —dijo Conejero pensando que tal vez sabía algo del

estrangulador y necesitaba contárselo, pero de inmediato concluyó que la conjetura era absurda.

—No sé qué querría, pero su actitud era extraña —dijo Julia mordiéndose el labio inferior.

Conejero empezó a alarmarse. Lo invadía un desconcierto amplificado por el alcohol y la cocaína; sin saber muy bien el motivo, soltó una estentórea carcajada, pero inmediatamente pensó que aquello no tenía nada de divertido, y lo confirmó cuando Julia, con cara de preocupación y los dedos de ambas manos entrelazados sobre el cristal del vaso, dijo:

—Pues a mí no me hizo ninguna gracia. Te lo cuento porque tengo miedo.

—No va a pasarte nada, reina. Ese imbécil trabaja para mí... o trabajaba, a lo mejor voy a tener que echarlo otra vez —dijo Conejero tratando de no sulfurarse demasiado.

En ese momento se imponía salir en busca de aquel descastado pero no quería asustar a Julia; al día siguiente hablaría con el Espectro. Mientras tanto, pensó, convenía restar importancia al episodio.

—No te preocupes, mañana resolveré este asunto —le dijo.

Julia sonrió y se encaminó hacia la habitación con un contoneo que sepultó en el olvido al Espectro y que puso a su merced al comandante, que acababa de convertirse en un corderito.

XIX

Conejero despertó temprano. El estrangulador, más la irrupción del Espectro en la vida de Julia, le habían quitado el sueño. Aunque tenía una resaca respetable, se abstuvo de bautizar su café con whisky o de templar con una raya la temblorina que tenía en las manos y el acceso de melancolía que le nacía en el píloro y se dilataba hasta la punta de las orejas.

Macabeo seguía dormido y él no lograba vislumbrar el siguiente paso. Mientras dudaba entre hablar con Zoraida para que se hiciera cargo del niño y abrazar con entusiasmo frontal su paternidad súbita, apareció Julia recién duchada para decirle que llevaría a Macabeo al colegio, como le había prometido al niño la noche anterior, pero que en la tarde él tendría que recogerlo.

Conejero vio el cielo abierto: aquella noticia le daba margen de maniobra. Ya podía sentarse a pensar sobre ese entuerto con un café bautizado como Dios mandaba.

—No se te olvide hablar con el espectro ese —le dijo Julia tratando de disimular su angustia.

—Es lo primero que voy a hacer —prometió Conejero.

Después enjuagó la taza donde acababa de beber café, besó a Julia, le agradeció su comprensión y le dijo que la llamaría, que tenía por delante un día endemoniado porque el jefe le había dado veinticuatro horas para atrapar al estrangulador y ya nada más le quedaban dieciséis.

Luego, mientras Julia lo miraba con cierta ternura, se colocó torpemente el revólver entre la tripa y el cinturón, se puso la gabardina y el sombrero y completó su atuendo con las gafas oscuras.

—Con esas gafas pareces Chavela Vargas —le dijo Julia cuando se marchaba.

Conejero pasó de largo frente a la genuflexión del conserje y gruñó como respuesta al buenos días cantarín que le dedicó desde el fondo mismo de su reverencia.

Se subió al Galaxy y, antes de echarlo a andar, buscó en la guantera el oráculo de la mañana. Salió Metallica.

—¡Puta madre, qué densidad! —gritó Conejero casi contento por

el augurio, pero también por el trago de whisky que iba a liquidar en cuestión de segundos la cruda y su suplicio.

Llamó a la Vacota mientras calentaba el motor, que tiraba por el escape unos ingentes nubarrones negros que se metían en el edificio de Julia y se quedaban flotando como zepelines frente al conserje.

—¿Hay novedades del Tucumano?

—Ninguna que yo sepa, comandante.

—Un favor, Vacota.

—Ordene usted, mi comandante.

—¿Ya llegó el Espectro?

—Afirmativo.

—No te despegues ni un segundo de él hasta que yo llegue a la oficina.

—Así se hará, mi comandante.

Conejero arrancó de un acelerón y produjo una nube desmesurada y aceitosa que envolvió al conserje y le provocó un virulento ataque de tos. La densidad de Metallica era el espejo del tráfico que a esas horas atrofiaba las calles.

Después de quince minutos, en los que no había avanzado ni diez metros, puso la luz roja a girar en el techo y conectó la sirena. Antes de ir a la oficina interrogaría a Tito Brito; quería agarrarlo fresco y no pensaba dilapidar las horas que le quedaban atascado en el tráfico. Luego de recorrer unas cuantas avenidas en sentido contrario y de pasar por encima de una jardinera y unos arriates que decoraban una esquina del Parque España, llegó a la radiodifusora, al mismo edificio donde había estado treinta y seis horas antes revisando a la segunda víctima del estrangulador de la media azul.

Antes de bajarse del coche, todavía escaldado por el comentario de Julia Gis, se quitó las gafas oscuras.

—No se puede estacionar aquí —le dijo un guardia de ceño hosco metiendo toda la cabeza dentro del coche.

Conejero le plantó su credencial frente a los ojos:

—Policía del DF, largo de aquí.

Lo mismo sucedió dentro del edificio; fue franqueando puertas a golpe de credencial hasta llegar a la secretaria de Brito; sentía con una claridad absoluta que le faltaban cuatro tragos para estar a tope en el interrogatorio.

—El señor Brito lo atenderá en un momento —le dijo la secretaria, seguramente alertada por los guardias de su inminente aparición.

Treinta segundos más tarde estaba sentado frente a Tito Brito.

—¿Café? —preguntó la secretaria.

—No, gracias, ya desayuné.

—¿Alguna otra cosa de beber?

—Una Coca-Cola Zero, si tienes —respondió Conejero sin poder creer lo que acababa de decir.

¿Qué clase de policía es ese que va por la vida bebiendo Coca-Cola Zero? ¿Acaso pedir un refresco en aquel momento crucial no era un signo de palmaria debilidad?

—Por fin tengo el gusto de conocerlo en persona, comandante —le dijo Brito desplegando una sonrisa desorbitada y ridícula que más de uno habría confundido con un gesto carismático.

Conejero entendió que debía abrir fuego inmediatamente si no quería perderse en zarandajas y zalamerías.

—Necesito que me conteste unas preguntas, señor Brito; podemos hacerlo aquí, tranquilamente, o en la comisaría, con la inevitable pérdida de tiempo para los dos.

—Como hizo con mi esposa, ¿no? —dijo Brito mudando instantáneamente de expresión, clausurando de golpe su sonrisa boba.

—Aquello fue un lamentable error de mis subalternos —mintió Conejero—. La idea era preguntarle algunas cosas a su señora, pero no de esa forma.

—Mi mujer está muy molesta.

—Lo siento mucho.

Tito Brito lo miró con dureza y, con una altivez irritante, le espetó:

—Creía que la policía estaba para defender a los ciudadanos decentes, no para fastidiarlos.

Conejero tuvo que controlarse para no manotear sobre el escritorio; no le gustaba nada el brusco giro de la conversación. Sabía perfectamente por dónde quería llevarlo Tito Brito: pretendía instalarse en el pedestal de la víctima, pero él no iba a permitírselo, así que arrojó un misil.

—Su mujer nos dijo que la primera víctima era su amante.

Tito Brito empalideció. Se rascó la parte trasera de la oreja izquierda y después balbuceó:

—Ése es un asunto en el que preferiría no entrar.

—Aquí no vamos a conducirnos según sus preferencias, amigo Brito. ¿Hacía cuánto tiempo que esa mujer era su amante?

El locutor estalló, se puso de pie y, fuera de sí, se acercó a un

palmo del rostro impávido del comandante.

—¡No puedo creerlo! ¿Me está usted interrogando? ¡Si la primera víctima de estos crímenes soy yo! —aulló.

—Tranquilo, Brito —dijo Conejero con una calma exagerada, saboreando aquella explosión de rabia—. El abecé del detective dice que cuando un amante muere, el primer sospechoso es el otro amante.

—¡Qué estupidez! —gritó Brito, y añadió—: Y a mi compañero, ¿también cree que lo estrangulé yo?

—Eso me lo tendrá que contar usted; soy todo oídos.

—¡Cómo se atreve a hablarme a mí de esta manera, en mi propia oficina! —gritó iracundo.

—Tengo catorce horas para resolver el caso, y si quiero cumplir debo conducirme con cierta brusquedad —dijo Conejero con mucha socarronería.

—¡Lupita! —gritó Brito sacando la cabeza de su oficina—. Comuníqueme urgentemente con el secretario de Gobernación.

Dada la orden, regresó frente a Conejero con una cara donde figuraba la victoria anticipada:

—En cuanto haga esa llamada va usted a quedarse sin trabajo.

—No lo creo —respondió el comandante—. Pero si pasa, ya vendré a hablar con usted, he oído que quedó libre la plaza de locutor nocturno, ¿no?

Ante semejante bestialidad, Brito se quedó mudo y Conejero aprovechó para levantarse y salir de la oficina.

—Ya nos volveremos a ver —amenazó Conejero—. Y presiento que la próxima vez no será usted tan altanero.

Cuando iba saliendo de la oficina fue interceptado por la secretaria, que le entregó la lata de Coca-Cola que había pedido.

—Dásela a tu jefe, muñeca. Yo prefiero un whisky.

XX

—¡Fuera todos, tengo que hablar con el Espectro! —tronó Conejero en cuanto llegó a su oficina, que esa mañana estaba densamente poblada.

La Vacota, el Tucumano, el Espectro y el Tapir estaban apiñados sobre un escritorio viendo pornografía en la computadora.

—¿Qué chingados te pasa? —preguntó Conejero con las fosas nasales extraordinariamente abiertas y arrimándose al Espectro como si fuera a soltarle un mamporro.

—Tranquilo, comandante, ¿qué te pasa a ti?

La calma y la sorpresa del Espectro lo dejaron desarmado. Cabía la posibilidad de que Julia se hubiera confundido y él estuviera haciendo el ridículo. A pesar de su duda insistió con una línea neutral.

—No te hagas el pendejo, ¿adónde fuiste anoche después del Sanborns?

—A mi casa, ¿por qué? —respondió el Espectro con cara de estar verdaderamente desconcertado.

Conejero se quedó en silencio mordiéndose un pellejo de la punta del dedo meñique. Bertita miraba desde afuera con mucha atención, de una forma que molestó al comandante, tanto que, más tarde, le reprocharía su acusada inclinación al chismorreo y ella se defendería diciendo: «No era por chismosa, era por si se le ofrecía algo a usted».

Conejero pensó que, sin todas las pruebas en la mano, aquélla era una carta que no podía jugar, no en un momento en que el tiempo se les echaba encima.

—Olvídalo, Espectro... no perdamos el tiempo... nos quedan unas horas para atrapar al asesino.

—Como tú ordenes, comandante —dijo el Espectro.

Conejero se quedó con mal cuerpo, pero no tenía más remedio que seguir adelante.

Cinco minutos más tarde, el Tucumano y la Vacota exponían las líneas generales del caso. La mujer estrangulada la noche anterior en Plaza Coyoacán no tenía ninguna clase de nexo con las otras dos víctimas, cuyo nexo común era Tito Brito. Los exámenes de laboratorio no arrojaban ninguna conclusión, el estrangulador no

dejaba huellas, sabía perfectamente lo que estaba haciendo, y la pista de las medias azules de nailon estaba empantanada. Por otro lado, los agentes que seguían a Tito Brito, y los que merodeaban por la estación de radio y por el cuartel de las damas piadosas no habían dado con ninguna pista sólida. Era un caso que debía resolverse con demasiada rapidez y eso los privaba del gran aliado de los investigadores, que es el tiempo. Si se le daba el tiempo suficiente, el estrangulador terminaría dando un malpaso, equivocándose en la elección de sus víctimas, dejando una huella o un rastro que pudiera seguirse. Pero de momento todo lo que había era oscuridad.

—Sí —dijo Conejero—, pero en el fondo de esa oscuridad hay algo que brilla y más nos vale pensar que es un rayo de luz.

Antes de empezar su programa, Tito Brito colgó un tuitazo: «Hoy tendremos otra estrangulada mientras la policía del DF duerme».

Luego dedicó la hora y media de su noticiario a escandalizarse, en varios tonos distintos de voz, de la masacre que estaba viviendo la Ciudad de México y de la incompetencia de las autoridades, que no hacían absolutamente nada para remediarla.

A la mitad del programa dedicó una sección al «insigne comandante Emiliano Conejero, un policía más interesado en empinar el codo que en proteger a la ciudadanía, un fiel reflejo de la sociedad podrida en la que vivimos». Luego, para complementar el descarnado *biopic* verbal del comandante, hizo una distinción entre los policías nefastos y los buenos, y la ilustró poniendo una entrevista que le había hecho, seis años antes, al sargento Adalberto Godínez.

—¡El Espectro! —gritó el Tucumano con un gesto jubiloso que fue secundado por la Vacota, aunque inmediatamente después los dos miraron a Conejero, porque la crucifixión mediática que acababa de propinarle Brito merecía una inquebrantable seriedad.

Conejero, en cambio, se quedó muy sorprendido. En cuanto el locutor mencionó el nombre del Espectro, recordó aquel episodio lejano que había escapado por algún agujero de su memoria porosa: Brito lo había invitado a su programa y él, que pasaba por un álgido periodo de parrandas, le había pedido al Espectro que lo sustituyera. Mientras todos sus colaboradores oían con atención lo que decía el Espectro en la entrevista, él empezaba a dejar crecer una sospecha que, unos minutos más tarde, tenía el aspecto y la longitud de una línea de investigación.

En las veinticuatro horas que llevaba el reencuentro con el

Espectro, no había recordado aquel acontecimiento que ahora empezaba a parecerle crucial.

Mientras el Tucumano y el Tapir reían de una broma que le hacía Brito al Espectro, Conejero se situaba a años luz en una espiral que giraba a toda velocidad y lanzaba al aire preguntas cruzadas. Si Brito fuera cómplice del Espectro ¿transmitiría esa entrevista? Y si la transmitía ¿no sería precisamente para despistar? ¿Estaba involucrado el Espectro en los crímenes del estrangulador? ¿No sería todo una coincidencia? Y, sobre todo, lo que se preguntaba con más insistencia, ¿no estaría él ya predispuesto contra el Espectro por el episodio de la noche anterior?

Pensó que lo mejor era no mover ficha hasta haber reflexionado lo suficiente o hasta que apareciera un signo claro. La entrevista con el Espectro llegaba a su fin y todos se le acercaban para palmotearle la espalda. Él se dejaba halagar por sus colegas como si de verdad aquella entrevista, desvencijada y caduca, hubiera constituido un acto heroico.

«A ver si no voy a ser el policía imbécil que tiene de subalterno al estrangulador», pensó Conejero.

XXI

—¡Bertita! —gritó Conejero desde el escritorio—, dígale al Jabalí que vaya a recoger a mi hijo al colegio.

La ciudad entera esperaba noticias del estrangulador. El anuncio de que cada día habría una víctima, que se había cumplido ya dos veces, tenía a todos en vilo. Las primeras planas de los periódicos estaban dedicadas al estrangulador, y lo mismo pasaba con los noticiarios de radio y televisión. Bertita llevaba dos días esquivando a los periodistas que querían hablar con el comandante, que era el responsable de la investigación, y por todos lados brotaban opiniones de expertos, de expolicías, de universitarios especialistas en asesinos seriales y de políticos que llevaban agua al molino de su partido y trataban de reconvertir al estrangulador en un puñado de votos. También opinó el jefe de la policía, el secretario de Gobernación, el de Turismo, y hasta el presidente, en medio de un chacaleo, había hecho una parca declaración.

La noticia corría en todas las direcciones, desde la exquisitez que encontraban algunos en la media azul de nailon, que servía como instrumento del crimen, hasta el pánico que empezaban a provocar los centros comerciales en la ciudadanía.

«¡Qué escándalo!», pensaba Conejero en la soledad de su escritorio mientras buscaba inspiración en el whisky y miraba el mar de escritorios que había afuera de su oficina, como si estuviera en un promontorio frente al océano Pacífico. Bertita repartía las tortas de costumbre a sus subalternos que trabajaban, o eso parecía, con mucha concentración. No era la primera vez que se sentía paralizado ante un caso y siempre había conseguido salir airoso; pero no le gustaba nada estar a la espera de que sucediera algo. No tenía hambre; había picoteado la torta que estaba sobre su escritorio y luego había optado por dejarla desparramada sobre el papel de aluminio.

—Mi comandante, aquí está el niño —dijo el Jabalí sujetando a Macabeo del cuello, como si en un descuido el muchacho pudiera salir corriendo.

Conejero se restregó los ojos para salir de la modorra en que lo habían sumido sus reflexiones.

—Pasa, hijo, aquí te dejó Bertita una torta —dijo tratando de ser un padre amable.

Pero Macabeo tenía muy presente la convivencia tóxica de la tarde anterior y respondió con cara de estar a la defensiva.

—Prefiero comerme el sándwich que me hizo Julia.

El muchacho se acomodó en el mismo asiento bajito y sacó de la mochila un pulcro sándwich de líneas rectas y aseadas hecho con pan integral. Era la antítesis de las tortas de Bertita, que no podían compararse más que con un derrumbe.

Conejero aprovechó para decirle:

—¿Y cuándo piensas regresar con tu madre?

Macabeo lo miró con enfado, no dijo nada y siguió mordiendo su impecable sándwich.

Conejero prosiguió sin inmutarse:

—Ya ves cómo vivo yo: cuando no estoy en esta oficina es porque voy a visitar cadáveres. Ésa no es vida para un niño.

—Deja que lo decida yo —respondió Macabeo con la boca llena de pan, y añadió—: Además, ya no soy un niño.

Conejero no le había quitado los ojos de encima al Espectro, que estaba en su escritorio encorvado frente a la pantalla de su computadora. Pensaba en la conveniencia de presionarlo para ver si lograba sacarle algo, pero lo detenía la posibilidad de equivocarse y, más que nada, de enemistarse nuevamente con ese valiosísimo elemento.

—Estaba pensando algo —dijo Macabeo limpiándose la mayonesa que le había quedado en las comisuras de la boca con una servilleta roja.

—Tú dirás.

—Quisiera hacer una aportación musical —dijo el niño, muy orondo; y como su declaración dejó en blanco a su padre, agregó—: Meter música nueva en la guantera del coche.

—¿No te gusta la que tengo?

—Yo también quisiera oír mi música.

Conejero no sabía si llorar o reírse a carcajadas. Ese niño que llevaba veinticuatro horas en su vida ya quería introducir cambios en sus rutinas, que llevaban tres décadas de inmovilidad; pero un momento después pensó que su deber como padre era darle al muchacho la oportunidad de expresarse, aunque fuera en ese campo que él consideraba intocable.

—A ver, ¿qué quieres introducir? —preguntó Conejero tratando

de tomarse con humor lo que estaba pasando ahí.

El niño buscó en su mochila y le dio a su padre un CD.

—¿Bruno Mars? —preguntó extrañado Conejero—. ¿Quién es ése?

—Pon la cuatro —casi ordenó Macabeo.

Conejero metió el CD en su computadora y eligió el *track* que le había dicho su hijo. Se recostó en su silla para apreciarlo mejor. El niño vigilaba ansiosamente sus reacciones. Cuando terminó la canción, Conejero se enderezó y sentenció:

—Canta como si le estuvieran machucando un huevo.

—¿Pero te gusta? —preguntó ansioso Macabeo.

Y justamente cuando Conejero iba a largar un sonoro agravio, usando el vozarrón de Jim Morrison como puntal, el Espectro abrió la puerta de golpe y le dijo muy excitado:

—La señora Brito quiere hablar con nosotros.

XXII

A partir de ese momento todo empezó a precipitarse. La señora Brito le había dicho al Espectro, en una fugaz comunicación telefónica, que sabía quién era el autor de los crímenes y que, para mostrarle las pruebas que tenía, necesitaba verlo en un sitio cuya dirección le dictó.

—¿Y por qué te llamó a ti? —preguntó Conejero intentando no parecer demasiado suspicaz.

—Porque ayer, después del interrogatorio, le anoté mi teléfono por si se acordaba de algo más.

Conejero pensó, a la velocidad que requerían los acontecimientos, que mientras el Espectro siguiera trabajando ahí, no tenía más remedio que confiar en él.

—Tenemos que estar ahí en una hora —dijo el Espectro, y salió rumbo a su escritorio a buscar su suéter, su pistola y la reluciente credencial que le había dado Bertita en la mañana; de ese modo se certificaba oficialmente su vuelta a la oficina.

Conejero se quedó aturdido. Algo le impedía confiar plenamente en él. Mientras tanto, Macabeo jugueteaba con la caja del CD haciendo un molesto ruido que no dejaba pensar a su padre con el tino que la situación exigía.

—Ya párale al ruidito, que no puedo concentrarme —le dijo, y cuando iba a recurrir a la nalguera para provocarse con un trago una sinapsis explosiva oyó una vocecita que lo llamaba desde el baño.

—Comandante, venga, es importante —decía el padre del Espectro asomando apenas la cabeza.

—Qué hace usted aquí, ¿viene a ver a su hijo?

—No, no quiero que mi hijo me vea, vengo a hablar con usted —le dijo el filósofo mientras lo invitaba a pasar para tratar el tema con discreción.

—Me tengo ir —dijo el comandante—, dígamelo rápido o va a tener que esperar a que vuelva.

—No sé si sepa usted que mi hijo... —comenzó a decir el filósofo en voz baja, pero no pudo terminar porque el mismo Espectro abrió la puerta del baño para decirle al comandante que, si querían llegar a tiempo, tendrían que irse ya.

—¡Papá! —gritó el Espectro.

El filósofo se quedó sorprendido y Conejero, en vilo.

—Déjanos solos un momento, que el filósofo me estaba contando una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó el Espectro sumamente descolocado.

—¿Y adónde van con tanta prisa? —cambió de tema el filósofo.

—A hablar con una señora que dice que sabe quién es el estrangulador —respondió Conejero.

Cuando iba a decirle que lo esperara sentado cómodamente en su oficina, bebiéndose un tequila que iba a comprarle Bertita, mientras ellos iban a hablar con la señora, el filósofo anunció:

—Voy con ustedes.

El Espectro se puso verde.

—No puedes —dijo—, es una misión peligrosa.

—¿Hablar con una señora? —preguntó el filósofo, y después soltó una carcajada que se encadenó con un ataque de tos.

—Yo también voy —terció Macabeo, que ya se había integrado al corrillo del baño.

—¡De ninguna manera! ¡No, no y no! —tronó el comandante.

—¡Cómo chingados no! —reviró Macabeo desde esa versión de gordo intransigente que empezaba a brotarle últimamente.

Conejero ignoró la petición de su hijo, y la del filósofo, y abrió la puerta del baño para gritar:

—¡Vacota, vámonos! ¡Y tú también, pinche Espectro! —añadió mirándolo con una creciente desconfianza.

Nunca lo había visto tan inquieto y aquello tenía que ver sin duda con la presencia del filósofo. Se sintió atrapado, prefería no averiguar eso que andaba haciendo su viejo colaborador; no quería perderlo otra vez y, al mismo tiempo, tenía que encontrar con urgencia al asesino por la vía que el mismo Espectro acababa de despejarle.

«Este malnacido está metido hasta el cuello, seguro que él mismo es el estrangulador, por eso no encontramos ni una pista», pensó, y rápidamente concluyó que lo mejor era hacerse el desentendido, sin distraerse ni un instante, para ver hasta dónde era capaz de llegar.

No tenía otro remedio: sin él no había reunión con la señora, y si no presentaban esa noche al asesino los mandarían a los dos a vigilar los pasillos de un supermercado. Casi agradeció al filósofo y a Macabeo que se hubieran apuntado al viaje, la intensidad quedaría diluida por la diversidad.

Cogió su gabardina, su sombrero y su pistola, pero en lugar de

rellenar su nalguera, como hacía ritualmente antes de salir a una misión, se llevó el litro completo de Cutty Sark que acababa de comprarle Bertita en los ultramarinos de la esquina. Sin decir una palabra, poniendo en práctica un majestuoso *laissez faire*, echó a andar por el pasillo rumbo a su coche. Llegando al estacionamiento vio de reojo la cauda que traía: la Vacota, el Espectro, el filósofo y Macabeo lo seguían en un respetuoso silencio. La situación era rara, pero el comandante estaba convencido de que no había que intervenir, así se habían alineado los elementos y resistirse le hubiera exigido más esfuerzo que dejar el asunto fluir.

La Vacota ocupó el asiento del copiloto y detrás se acomodaron los demás.

—¿Y tú no trajiste a tu hijo? —preguntó el comandante a la Vacota con una sonrisa socarrona.

Prendió el coche y, después de dos acelerones para estabilizar el motor, con su consecuente humareda negra, metió la mano en la guantera.

—Traigo el de Bruno Mars en cassette —anunció Macabeo desde el asiento de atrás.

—No mames, mijito, aquí solo tocamos maestros del siglo XX, ¿verdad, Vacota?

—Sí, mi comandante —respondió su subalterno, muy pendiente del oráculo que iba a salir de la guantera.

—¿Sigue usted con esa superstición? —preguntó el filósofo, que iba sentado entre su hijo y Macabeo.

—No es una superstición, es una brújula —respondió Conejero con el cassette en la mano; luego, con una sonrisa de satisfacción, dijo—: Salió Iggy Pop, el primo hermano de nuestro filósofo. ¿Un brindis? —preguntó con el litro de Cutty Sark en la mano.

Se regaló tres tragos y pasó la botella al filósofo, que ya había estirado la mano para recibir la estafeta. Luego aceptó el cigarro que le ofrecía la Vacota.

—El médico te prohibió fumar —apuntó Macabeo.

—La situación lo exige claramente —respondió el comandante lanzando una humareda por la nariz que inundó el interior del Galaxy.

Puso el cassette en el aparato y empezó a maniobrar para incorporarse al denso tráfico, una masa ronroneante de coches recalentados por el último sol de la tarde que se movía con una lentitud exasperante.

—Pasen el whisky, muchachos —pidió el comandante en medio de una arriesgada maniobra temeraria: trataba de meter el coche entre un árbol y una pipa de gas.

Macabeo le dio la botella después de dar un trago que le sacó las lágrimas.

—Me lo ofreció el filósofo —dijo como disculpa.

Conejero vio que el Espectro iba cada vez más descompuesto.

—Tienes mala cara —le dijo mirándolo fijamente por el espejo retrovisor—. ¿Te pasa algo?

—¿Que si le pasa algo? —dijo el filósofo soltando una carcajada sarcástica exagerada por la alegría que acababa de insuflarle el whisky—. Páseme la botella, comandante —continuó—, y, sin ánimo de ponerme mayéutico, quiero decirles que mi hijo tiene algo que contarles, incluso a ti, Macabeito, para que vayas aprendiendo lo cabrona que es la vida, las acusadas volutas que es capaz de describir, la trama loca que va improvisando eso que pomposamente llamamos Existencia.

La Vacota se quedó mirando fijamente a Conejero: lo que había dicho el padre del Espectro parecía una bomba, pero el comandante estaba por dejar que los elementos se acomodaran solos y siguió maniobrando en silencio, acompañando a Iggy Pop con un discreto tamborileo en el volante, mientras iba introduciendo la trompa del coche, ahora entre un camión de Coca-Cola y el anafre ardiente de un puesto de fritangas.

—Cuéntale al comandante de una buena vez, hijo mío, no seas culero —dijo el viejo jipi y, después de empinarse la botella con un ímpetu que lo hacía diez años más joven, añadió—: O lo cuentas tú o lo digo yo, porque este hombre nos ha ayudado mucho, incluso te liberó de esa mujer tan horrible que tenías, aunque es verdad que la liberación llegó por el flanco venéreo.

—Eso es mentira —protestó Conejero—; nunca hubo nada entre la señora Eufrasia y yo.

—¿Qué es venéreo? —preguntó Macabeo un poco achispado por el whisky.

—Eso que te llevé a hacer con la Libélula, más o menos —respondió su padre.

—¡Adalberto! ¿Vas a hablar o hablo yo? —interrumpió con autoridad el filósofo.

Al Espectro no le quedó más remedio que contar su historia: sabía que debía hacerlo antes de que llegaran con la señora Brito; luego

sería demasiado tarde. Empezó a hablar en un tono muy bajo.

—¡Habla fuerte, que no se te oye nada! —lo reconvino su padre antes de pedirle a Macabeo que le regresara la botella.

El Espectro volvió a empezar con más volumen mientras la Vacota se pintaba la uña del dedo gordo con un bolígrafo y el comandante intentaba meter el Galaxy al Viaducto cruzando por encima de una jardinera.

XXIII

Seis años antes, Conejero y el Espectro formaban la pareja de policías más efectiva del Distrito Federal. Conejero era un hombre solitario con un hijo al que nunca veía y una exmujer que se contentaba con recibir puntualmente su pensión. El Espectro, en cambio, estaba recién casado con Eufrasia y tenía que hacer malabares para seguirle el paso a su jefe, que, a partir de las diez de la noche, se iba perdiendo en tugurios cada vez más espesos hasta altas horas de la madrugada. A Conejero no había quien le siguiera el paso, sus subalternos se iban turnando; a veces a la Vacota le tocaba irse de antros con el jefe; otras, al Tapir o al Tucumano o al Jabalí o a la Mosca o a la Jaiba o al Escamol; entre todos soportaban las parrandas de Conejero, que eran un escándalo tolerado por la cúpula policiaca. Varias noches a la semana se presentaba en algún tugurio que estaba por cerrar y, «en nombre de la ley», exigía que se quedara abierto y copas gratis para todos. Con mucha frecuencia los dueños de esos tugurios se quejaban con el jefe de los desmanes del comandante, pero esas quejas nunca prosperaban porque no había en toda la institución otro policía que tuviera su olfato ni su diagnóstico ni sus agallas. Conejero traía a raya al hampa de la ciudad y eso lo hacía intocable.

El Espectro había entrado a la Dirección de Investigaciones Especiales como investigador raso y, poco a poco, había ido ganándose la estima y el respeto de Conejero, que veía en él a un joven listo y ambicioso, con una mirada especial sobre el crimen y capaz de imaginar un relato, una estructura narrativa alrededor de un asesinato, que al final terminaba convirtiéndose en línea de investigación.

El Espectro, por su parte, admiraba ilimitadamente a Conejero y ponía a su disposición el arsenal de conceptos filosóficos que había aprendido en la universidad. Su situación de hombre recién casado le impedía convivir con el comandante tanto como hubiera deseado; lo acompañaba de vez en cuando a alguna juerga, pero la mayor parte del tiempo tenía que cumplirle a Eufrasia, su mujer, de la que estaba, según decía, profundamente enamorado.

A Conejero solía entrarle la inspiración a altas horas de la noche

en una mesa rodeado de copas. Cuando el Espectro se convirtió en su colaborador imprescindible, comenzaron a resolver los casos en una mesa llena de copas; pero, para que Eufrasia no montara un irigote, lo hacían en la casa del padre del Espectro, ese viejo jipi y filósofo genial que, a cambio de una botella y del entusiasmo alcohólico de alguien que la quisiera compartir, se prestaba para disertar, al más alto nivel intelectual, sobre un cuerpo descuartizado en, por ejemplo, el Peñón de los Baños.

Muchas fueron las noches que pasaron juntos Conejero, el Espectro y el filósofo resolviendo casos de diversas magnitudes. Al final de aquellas tormentas de ideas, Conejero se iba a despresurizar a algún garito, el Espectro se iba a la cama con Eufrasia y el viejo jipi se quedaba ahí, traspuesto sobre un sillón o tirado sobre la alfombra, en un trance que oscilaba entre la mona y el coma etílico.

De tanto verlo disertar, Eufrasia se fue aficionando al comandante. Se sentía atraída por su corpulencia, por su resistencia a la bebida, por la limpieza de sus argumentos, por sus bromas despiadadas y hasta por la manera tan varonil que tenía de agarrar el caballito de tequila. Pero sobre todo se sentía atraída por el poder que irradiaba, un poder que ella visualizaba como una niebla rojiza que acababa inundando la habitación donde se encontraba.

El Espectro detectó esa querencia en su mujer y una noche le hizo un duro reclamo por la forma en que miraba a su jefe. Eufrasia intentó tranquilizarlo, le dijo que exageraba y trató de hacerle entender que aquella acusación la ofendía gravemente. El asunto quedó en suspenso hasta la noche en que todo el personal de la DIE fue a celebrar el ascenso a sargento del Espectro a uno de esos bares donde el comandante Conejero era el rey. Eufrasia deambulaba por el bar con la prestancia de una primera dama; estaba orgullosa del ascenso de su marido y sentía las vibraciones del poder que acababa de adquirir al acercarse a la Vacota o al Tapir, al Saraguato, al Somormujo, al Gamborimbo o al Abulón. Y también sentía esas mismas vibraciones con las otras dos mujeres que habían sido convidadas a la fiesta: Bertita, la secretaria, y la Libélula, esa meretriz amiga del alma de Conejero con quien, unos días más tarde, se desvirgaría Macabeo.

Las vibraciones que sentía Eufrasia en aquella fiesta iban *in crescendo* con las copas que se iba tomando y, en un momento infausto, se cruzaron con la niebla rojiza del poder que emanaba el rotundo cuerpo del comandante. Eufrasia forzó la situación para

quedar al lado del jefe y desplazó de mala forma a la Libélula, que ya era una señora mayor y no estaba dispuesta a pelearse por un policía. El Espectro miraba con angustia los acercamientos de su mujer, no podía disfrutar plenamente de su noche de gloria, y el comandante, que se daba cuenta de todo lo que acontecía en su gallinero, trataba de tranquilizarlo llamándolo continuamente a su lado o sonriéndole con complicidad cada vez que se topaba con sus ojos. El caso es que a partir de entonces las relaciones del Espectro con Eufrasia comenzaron a deteriorarse; él no podía sacarse de la cabeza que su mujer le era infiel. Todo lo que ella hacía le parecía sospechoso, pero no tenía el valor de preguntárselo y mucho menos de tratar ese espinoso tema con su jefe.

Por esa época, Conejero empezaba a entrar en la espiral tóxica que acabaría confinándolo en aquel hotel de Tecolutla y desaparecía, cada vez con más asiduidad, durante horas o incluso días. Una de esas noches en las que estaba desaparecido, desapareció también Eufrasia.

Aquello bastó para que el Espectro se abandonara a su galopante paranoia y diera por hecho que su mujer andaba con el comandante. Pasó la noche en vela esperando a que dieran las diez de la mañana para ir a la oficina a increpárselo, a exigirle que dejara a su mujer, pero en cuanto entró a la oficina vio un panorama de caras largas, y de colegas vaciando sus escritorios y metiendo sus pertenencias en cajas de cartón. Conejero acababa de ser cesado de su puesto, había sido enviado a una clínica de desintoxicación y la DIE, con su líder natural intoxicado en un balneario de Veracruz, quedaba disuelta. Todo esto se lo había contado Bertita antes de entregarle un papel donde venía anotado el puesto al que lo transferían, que era el de policía de columna en un supermercado.

Antes de irse al exilio de Tecolutla, Conejero empezó a descuidar sus compromisos y todo el tiempo echaba mano de sus subalternos para que cubrieran los espacios, cada vez más amplios, que él dejaba vacíos. Al Espectro, que era su hombre de confianza y su pupilo predilecto, le encargaba los asuntos más delicados: hablar con un funcionario, asistir a una reunión de vecinos de su edificio o explicarle al jefe los avances de un caso específico. Un día le pidió que fuera al programa de Tito Brito en su representación. De aquel programa había salido una especie de relación entre el locutor y el sargento. A Brito le venía bien una fuente confiable en la policía y alguien que pudiera resolverle algunos asuntos: un robo del que no

quería dar parte o un maleante que rondaba por su casa y amedrentaba a las criadas. El Espectro estuvo durante años al servicio de Tito; era un trabajo que hacía fácilmente y que le permitía ganar un dinero extra.

Su nuevo puesto en el supermercado, dentro de una columna forrada de espejos, era aburrido y claustrofóbico y, además, fomentaba él monólogo y la introspección. Mientras veía a una señora elegir entre dos marcas de comida para gato o a un hombre cavilando frente a dos areneros de distinto tamaño, iba dándole obsesivamente vueltas a la idea de que el comandante Conejero era la bestia negra de su vida.

La desconfianza permanente acabó hartando a Eufrasia y liquidando su matrimonio. El Espectro regresó a casa de su padre, que lo recibió con su característica sorna filosófica.

—Va a ser difícil que superes esto: te ha abandonado la mujer a la que todo el mundo quisiera abandonar. Ven, vamos a hacernos una buena pipa de marihuana y luego analizamos tu desventura —le dijo.

Casi seis años pasó el Espectro dentro de la columna, y si no hubiera sido por los trabajitos que hacía para Tito Brito se habría vuelto loco.

Un día entró en contacto con la señora Brito; como no quería que su marido se enterara fue a buscar al Espectro al supermercado: quería pedirle que la ayudara a amedrentar a unos maleantes que interferían con un proyecto de la asociación que presidía.

A partir de entonces se estableció una relación profesional entre los dos: el Espectro hacía lo que se le pedía y la señora le pagaba, hasta que un día le pidió algo que excedía los límites de su relación. Le contó que sospechaba que su socia, que también era su mejor amiga, era la amante de su marido, y le pidió que la siguiera y averiguara si aquello era verdad. Dos días más tarde, el Espectro le presentó unas contundentes fotografías que no admitían otra interpretación: Tito Brito y su amiga del alma eran amantes. Estaban en un descampado, la señora miró las fotografías una y otra vez en la cámara del Espectro; pasaba de una a otra a gran velocidad, no quería ver los detalles.

—Bórrelas —ordenó, y después, con una frialdad que el Espectro nunca le había visto, le dijo—: Lo tengo decidido, quiero que desaparezca mi amiga.

—¿Que la liquide? —preguntó incrédulo.

—Sí, que la mate; es usted policía y sabrá cómo asesinarla sin

dejar huellas y, sobre todo, sin que se me relacione con el crimen.

Y dicho esto sacó de su bolso un sobre lleno de dinero que le puso al Espectro en las manos.

XXIV

—¿Y qué hiciste, cabrón? —gritó Conejero fuera de sí mientras daba un manotazo en el tablero que hizo brincar el cassette de Iggy Pop.

Después frenó el coche en medio de la avenida para encararlo:

—Y, sobre todo, ¿adónde chingados me llevas?

—Déjelo usted que termine su historia, comandante —recomendó el filósofo, con la lengua severamente lastrada por el Cutty Sark.

—¡Tienes tres minutos para contármelo todo, pinche Espectro, si no, entre la Vacota y yo te vamos a descuartizar aquí mismo! ¿Verdad, Vacota?

—Sí, mi comandante —respondió la Vacota mirando con hostilidad al Espectro.

Macabeo estaba impresionado con la furia de su padre. Tenía la boca abierta y el gesto de quien acaba de ver pasar una manada de búfalos.

—Yo no la maté, le pagué a otro para que lo hiciera —dijo el Espectro con la voz temblorosa.

—¿A quién? —preguntó Conejero, ya más tranquilo, mientras le quitaba al filósofo la botella de las manos.

—Al Urracarrana.

—¿Al Urracarrana? —preguntó incrédulo la Vacota recordando a aquel elemento nefasto al que habían echado del cuerpo de policía por una colección de delitos que incluía el asesinato, la extorsión y el abuso de poder.

—¿Y a quién se le ocurrió la mariconada de la media azul? —preguntó el comandante.

—A mí —dijo el Espectro—. Pensé que la estética del cadáver evitaría que sospecharan de la señora Brito, lo haría parecer el crimen de un asesino experimentado.

—Y al otro, ¿por qué lo mataron? —preguntó Conejero.

—Para darle consistencia a la hipótesis del asesino en serie, pero eso ya fue iniciativa del Urracarrana.

—¿Y por qué no me dijiste nada en cuanto te fui a reclutar?

—Me caíste de sorpresa, estaba furioso contigo por eso que tu bien sabes, pero no por eso iba a rechazar tu invitación... Tampoco sabía cómo contarte lo de la señora y, antes de que pudiera figurarme

algo sensato, el idiota del Urracarrana mató por tercera vez. Ayer traté de hablar contigo. Efectivamente era yo el individuo a quien Julia vio merodeando por su casa, te estaba buscando a ti, pero me acobardé al ver que llegabas con el niño...

—¿Y de quién fue la idea de sacar los ojos a los cadáveres con una cucharilla? —lo interrumpió Macabeo, que no perdía detalle de lo que se decía.

—Del Urracarrana —respondió el Espectro, y después siguió explicándole al comandante con la voz entrecortada—: No sabía que ibas a reintegrarme a tu oficina; cuando la señora Brito me encargó el trabajo yo era un miserable policía de columna, un fracasado al que había abandonado su mujer y que había regresado, a los cuarenta años, a la casa de su padre; la vida me importaba ya muy poco y, además, me pagó un montón de dinero...

Un profundo sollozo interrumpió la explicación del Espectro, que después se tapó la cara con las manos para que no lo vieran llorar.

—No llores, ¡cabrón!, que sólo vas a empeorar las cosas —dijo Conejero tratando de ocultar que el llanto de su subordinado lo había conmovido—. Y ahora explícame adónde carajo vamos.

Como el Espectro seguía llorando, el filósofo tomó la palabra:

—Vamos a encontrarnos con el Urracarrana, que va a declararse culpable en solitario a cambio de una pequeña fortuna que le va a dar ahí mismo la señora Brito para que en su confesión no los involucre ni a ella ni a Adalberto, a quien también va a darle un dinero. Porque mi hijo, como ya habrá usted supuesto, sabe demasiado de ella y si no lo trata bien corre el peligro de que la hunda. Ya casi logró hundirla el pendejo cuando la indujo a declarar que su amiga era la amante de su marido, y dice que lo hizo para protegerla porque de todas formas iba a saberse, y si no lo decía ella iba a ser peor; hágame usted el favor, en fin, que eso que vamos a presenciar es un vulgar *do ut des*. Y ahora deje que circule esa botella que tiene usted monopolizada desde hace un rato —concluyó el filósofo.

—Y la idea es que la señora paga y se larga, el Espectro captura al Urracarrana y todos contentos, ¿no? —dijo Conejero; después preguntó—: ¿Y yo qué pitos toco aquí?

—Tú vas a capturarnos a los tres culpables; ellos creen que vengo solo, pero merezco pagar por lo que hice —dijo el Espectro limpiándose las lágrimas con la manga del suéter.

XXV

El comandante Conejero detuvo el Galaxy frente a una bodega que estaba en medio de la nada. Era un galerón rodeado de un gran terreno vacío en el que había pedazos de maquinaria oxidada y un montón de basura donde hurgaban dos perros. El resto era un terregal alumbrado por las farolas de la calle y al fondo se veía un islote de casuchas con sus lucecitas titilando en las ventanas. Encima de la puerta de la bodega había un letrero descolorido alumbrado por una bombilla desnuda que colgaba de un cable amarillo: Vulcanizadora el Negrito.

—Están dentro —dijo el Espectro.

Conejero apagó el motor. Mientras analizaba el entorno se acercaron, ladrando y moviendo la cola, los dos perros que olisqueaban la basura.

—No veo más coche que el mío —dijo el comandante con desconfianza.

—Están dentro, te lo aseguro —reiteró el Espectro enseñándole en su teléfono un mensaje que decía: «Ya estamos aquí».

—Vamos allá —ordenó Conejero con la pistola en la mano.

Abrió la puerta del coche, se puso el sombrero y, cuando iba a decirle a Macabeo que se quedara ahí quieto mientras durara la operación, vio que su hijo se había dormido encima del filósofo, que también dormía con la cabeza gacha y la boca angustiosamente abierta, como la de esos pescados que yacen en una cama de hielo esperando a que alguien los compre.

El Espectro golpeó la puerta y un eco metálico retumbó dentro de la bodega.

—¡Soy yo! —gritó.

El Urracarrana se desconcertó en cuanto vio que detrás de su socio entraban la Vacota y el comandante Conejero con caras de pocos amigos y las pistolas desenfundadas.

—¡No te atrevas! —le advirtió Conejero al Urracarrana, que iba a echar mano de su arma; luego ordenó—: Vacota, desarma a este desgraciado y llévalo ahí junto a la señora —indicó señalando con la punta de su pistola a la señora Brito, que, estupefacta, miraba la escena sin entender lo que estaba sucediendo.

—Le queda bien la cachucha —piropeó el comandante a la señora, que llevaba una gorra de beisbol y unas prendas que la hacían parecer una jovencita.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó, indignada—. ¡No habíamos quedado en esto! —dijo mirando al Espectro con unos ojos donde convivían el miedo y la altanería.

—Tranquilita —dijo Conejero—. Se va a callar usted la boca y se va a sentar en esa silla, y a ti, pinche Urracarrana, te quiero detrás de la señora Brito; y a los dos los quiero quietecitos, como si estuvieran posando para una fotografía.

La señora obedeció en el acto, pero el Urracarrana tuvo que ser estimulado con un empujón brutal que le propinó la Vacota y que lo tiró al suelo. Se levantó sobándose una rodilla y después se acomodó donde le había dicho el comandante; ya había visto que la cosa iba en serio y que más valía cooperar.

—Vacota, tráeme una caja blanca de cartón que tengo en la cajuela del coche —ordenó Conejero.

—En el acto, mi comandante —respondió la Vacota.

El Espectro no entendía nada, no tenía ni idea de lo que Conejero pretendía. Estaba ahí, preparado para hacer lo que se le ordenara, esquivando la mirada ahora suplicante de la señora Brito y los ojos asesinos del Urracarrana, que ya se daba por traicionado y que, a partir de ese momento, empezaba a incubar para su socio una venganza atroz.

—¿Dónde está el dinero que iba a darle a estos muchachos? —preguntó Conejero.

La señora sacó dócilmente dos gruesos fajos de billetes, atados con una liga, que llevaba en los bolsillos.

—Aquí están —dijo.

—Espectro, coge el dinero —ordenó Conejero.

El Espectro se acercó a la señora y le quitó el dinero de las manos.

—Aquí tiene, mi comandante —dijo la Vacota entregándole la caja que había ido a buscar al coche.

—Dásela al Espectro —ordenó Conejero—, y ustedes dos sigan quietecitos; al que se me salga del guion lo ejecuto —dijo apuntándoles con la pistola.

El Espectro puso cara de espanto cuando vio lo que había dentro de la caja. De pronto sospechó hacia dónde iba el comandante.

—¿Qué quieres que haga con esto? —preguntó temeroso.

—Dale una de las medias al Urracarrana.

—¿Para qué es esa media? —preguntó la señora Brito con un hilo de voz.

—Ahora, Urracarrana, nos vas a enseñar cómo estrangulaste a tus tres víctimas —dijo el comandante.

—¿Cómo dice? —preguntó sorprendido el Urracarrana al tiempo que la señora se levantaba de la silla.

—¡Siéntese! —ordenó Conejero; después le dijo a la Vacota—: Agarra a la señora y quítale la gorra para que el Urracarrana pueda ponerle la media.

La señora Brito comenzó a gritar y a defenderse, tiraba golpes y patadas para evitar que la Vacota la sostuviera, pero al final el policía logró someterla y el Urracarrana le puso la media de nailon en el cuello, dio una vuelta completa, tomó las dos puntas y tiró ligeramente. La señora Brito pegó un grito desgarrador.

—Liquídala —dijo el comandante.

La señora volvió a gritar y el Urracarrana se quedó viendo a Conejero con cara de no entender lo que acababan de ordenarle.

—No sé si eres sordo o pendejo, pero si no la estrangulas en este instante, te pego un tiro —dijo el comandante acercándose a él con la pistola.

El Urracarrana obedeció, jaló con fuerza las puntas de la media mientras la Vacota sostenía a la señora, que gritaba y se revolvía. Unos segundos después estaba despatarrada en la silla con los ojos muy abiertos, muerta.

El Urracarrana estaba ahí, con la media todavía en las manos, cuando el comandante, mirando al Espectro con severidad, le ordenó:

—¡Chíngatelo!

Al oír la orden, la Vacota se quitó de en medio mientras el Espectro empuñaba su pistola y le metía dos tiros al Urracarrana, que cayó al suelo junto al cadáver de su víctima.

—Vacota, llama al jefe y dile que el Espectro acaba de liquidar al estrangulador con las manos en la masa —dijo Conejero.

El Espectro aún no se había recuperado del susto cuando el comandante le dijo, dándole una palmadita en el hombro:

—No podíamos dejar esos dos cabos sueltos. Y tú me debes la vida, cabrón. A partir de ahora, pinche Espectro, no puedes fallarme.

—Cuenta con eso comandante —dijo sin poder creer todavía lo que acababa de suceder.

Luego el comandante dijo:

—Dale el dinero a la Vacota, estarás de acuerdo en que hay que repartirlo entre los tres, ¿no? Y a ver cómo manejas el pedote que se nos viene encima con Tito Brito; cuenta algo convincente, no la cagues, por favor, a lo mejor vas a tener que buscar una cucharilla para terminar el trabajo, ¡yo qué sé!, no te apendejes. Yo me largo; a ver si el pinche filósofo me dejó algo de whisky.

© Jordi Soler, 2012

© Malpaso Ediciones, S. L. U.
c/ Diputación, 327 Ppal. 1.ª
08009 Barcelona
www.malpasoed.com

ISBN: 978-84-16665-46-4
Depósito legal: DL B 11718-2016
Primera edición: agosto 2016

Imagen de cubierta: © dieKleinert / Alamy Stock Photo
Diseño de interiores: Sergi Gòdia
Maquetación, corrección y composición digital: Àtona Víctor Igual, S. L.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

· ALIOS · VIDI ·
· VENTOS · ALIASQVE ·
· PROCELLAS ·